LAS AVENTURAS DEL OSO BUSTER



THORNTON BURGESS

OCTUBRE 2026
Este cuento ha sido traducido con mucho cariño para apoyar la educación en el hogar. Su distribución es completamente gratuita para uso personal y familiar dentro de la comunidad homeschool.
Prohibida su venta o comercialización: Este material no puede ser vendido, empaquetado en cursos de pago ni utilizado con fines de lucro.
Al ser una traducción independiente, te pedimos respetar el esfuerzo y tiempo invertidos compartiendo siempre el archivo original de forma gratuita.
¡Gracias por valorar este trabajo y formar parte de Una Educación Diferente!

Traducción y adaptación por:

Sarai Hernández Rascón



Para mis hijos

Mateo y Natán

CONTENIDO

I. EL OSO BUSTER SE VA DE PESCA	1
II. EL PEQUEÑO JOE NUTRIA SE VENGA DEL OSO BUSTER	3
III. EL OSO BUSTER ESTÁ MUY DESCONCERTADO	5
IV. EL PEQUEÑO JOE NUTRIA LE DA EL DESAYUNO AL OSO BUSTER	7
V. EL SENTIDO COMÚN DEL ABUELO RANA	9
VI. EL PEQUEÑO JOE NUTRIA SIGUE EL CONSEJO DEL ABUELO RANA	11
VII. EL HIJO DEL GRANJERO BROWN NO TIENE NADA DE SUERTE	13
VIII. EL HIJO DEL GRANJERO BROWN SE LLEVA TREMENDO SUSTO	15
IX. EL PEQUEÑO JOE NUTRIA TIENE GRANDES NOTICIAS QUE CONTAR	17
X. EL OSO BUSTER SE CONVIERTE EN UN HÉROE	19
XI. BLACKY EL CUERVO CUENTA SU PLAN	21
XII. EL HIJO DEL GRANJERO BROWN Y EL OSO BUSTER SIENTEN CURIOSIDAD	23
XIII. EL HIJO DEL GRANJERO BROWN Y EL OSO BUSTER SE ENCUENTRAN	25
XIV. SUCEDE ALGO SORPRENDENTE	27
XV. EL OSO BUSTER ES UN HÉROE CAÍDO	29
XVI. CHATTERER LA ARDILLA ROJA SALTA POR SU VIDA	31
XVII. EL OSO BUSTER VA A RECOLECTAR BAYAS	33
XVIII. ALGUIEN MÁS VA A RECOGER BAYAS	35
XIX. EL OSO BUSTER SE LO PASA DE MARAVILLA	37
XX. EL OSO BUSTER SE LLEVA EL BALDE DEL HIJO DEL GRANJERO BROWN	39
XXI. SAMMY ARRENDAJO EMPEORA LAS COSAS PARA EL OSO BUSTER	41
XXII. EL OSO BUSTER TIENE UN ATAQUE DE IRA	43
XXIII. EL HIJO DEL GRANJERO BROWN ALMUERZA BAYAS	45
CRÉDITOS DE LAS FOTOGRAFÍAS	47

I

EL OSO BUSTER SE VA DE PESCA

El Oso Buster bostezó mientras yacía en su cómoda cama de hojas, observando los primeros rayos del sol de la mañana que se colaban en el Bosque Verde para ahuyentar a las Sombras Negras. Volvió a bostezar, se puso de pie lentamente y se sacudió. Luego caminó hacia un gran pino, se irguió sobre sus patas traseras, estiró sus garras lo más alto que pudo en el tronco del árbol y rasgó la corteza. Después de eso, bostezó con tanta fuerza que parecía que se le romperían las mandíbulas, y se sentó a pensar qué quería desayunar.

Mientras estaba allí sentado, intentando decidir qué le apetecía comer, escuchaba los sonidos que anunciaban el despertar de todos los pequeños habitantes del Bosque Verde. Oyó a la lejanía el grito de Sammy Jay: «¡Ladrón! ¡Ladrón!», y sonrió. «Me pregunto», pensó Buster, «si alguien le habrá robado el desayuno a Sammy, o si él se lo habrá robado a alguien más. Lo más probable es que el ladrón sea él».

Escuchó a Chatterer, la ardilla roja, con su chillido acelerado, enfureciéndose terriblemente. «Seguro que Chatterer se ha levantado hoy con el pie izquierdo», pensó.

Escuchó a Blacky el Cuervo graznar a todo pulmón, y supo por el sonido que Blacky andaba metido en problemas en alguna clase de travesura. Escuchó las dulces voces de los alegres pájaros cantores, y le alegró oírlas. Pero sobre todo, escuchaba una risa alegre, baja y cristalina que no se detenía, sino que continuaba sin cesar, hasta que sintió ganas de reírse también. Era la voz del Arroyo Risueño. Y mientras Buster la escuchaba, de repente se le ocurrió exactamente lo que quería para desayunar.

—Me voy a pescar —dijo con su voz profunda y ronca, sin dirigirse a nadie en particular—. Sí, señor, me voy a pescar. Quiero unas truchas gordas para el desayuno.

Se dirigió con andar pesado hacia el Arroyo Risueño, directo a un pequeño pozo que conocía, y al acercarse tuvo sumo cuidado de no hacer el más mínimo ruido. Dio la casualidad de que, a pesar de lo temprano que era, alguien se le había adelantado al Oso Buster. Cuando divisó el pequeño pozo, ¿a quién vio sino a otro pescador que ya había atrapado una trucha gorda y hermosa? ¿Quién era? Pues, ni más ni menos que el pequeño Joe Nutria. Venía subiendo por la orilla con la trucha en la boca. Al oso Buster se le hizo agua la boca al verlo. El pequeño Joe se sentó en la orilla y se dispuso a disfrutar de su desayuno. No había visto al oso Buster, y no tenía idea de que él ni nadie más anduviera cerca.

El oso Buster se acercó sigilosamente por detrás hasta colocarse justo a la espalda del pequeño Joe Nutria. —¡Guau, guau! —exclamó con su voz más profunda y ronca—. Es una trucha preciosa. Me encantaría tenerla para mí.

El pequeño Joe Nutria soltó un chillido de terror y, sin siquiera voltear a ver quién hablaba, soltó el pez y se zambulló de cabeza en el Arroyo Risueño. El oso Buster saltó hacia adelante y, con una de sus grandes garras, atrapó la trucha gorda justo cuando se resbalaba de nuevo hacia el agua.

—Aquí tiene su trucha, señor Nutria —dijo, mientras el pequeño Joe asomaba la cabeza fuera del agua para ver quién lo había asustado tanto—. Venga por ella.

Pero el pequeño Joe no lo hizo. La verdad es que tenía miedo. Le gruñó al oso Buster, lo llamó ladrón y le dijo todas las cosas malas que se le ocurrieron. A Buster no pareció importarle en absoluto. Se rió como si todo fuera una gran broma y volvió a invitar al pequeño Joe a que fuera a recoger su pescado. Pero el pequeño Joe simplemente le dio la espalda y se alejó furioso río abajo, siguiendo el curso del Arroyo Risueño.

—Es una lástima desperdiciar un pescado tan bueno —dijo Buster pensativo—. Me pregunto qué podría hacer con él. —Y mientras lo pensaba, se lo devoró por completo. Luego, comenzó a descender por el Arroyo Risueño para intentar pescar algo por su propia cuenta.



Oso negro americano (***Ursus americanus***)[1]

II

EL PEQUEÑO JOE NUTRIA SE VENGA DEL OSO BUSTER

El pequeño Joe Nutria estaba furioso. Era un mal comienzo para un hermoso día, y Joe lo sabía perfectamente. ¿Pero quién no se enfadaría si le quitaran el desayuno justo cuando iba a comérselo? Al menos eso fue lo que Joe le contó a Billy Visón. Quizás no lo relató exactamente como sucedió, pero ya sabes lo asustado que estaba en ese momento.

—Estaba sentado a la orilla del Arroyo Risueño, junto a una de las pequeñas pozas —le dijo a Billy Visón —, y estaba a punto de comerme una trucha gorda que había atrapado. ¡Cuando de la nada apareció ese enorme bravucón del oso Buster! ¡Me arrebató mi trucha gorda y se la comió como si fuera suya! ¡Lo odio! ¡Si vivo lo suficiente, me vengaré de él!

Por supuesto, no eran palabras amables ni demostraban un buen temperamento, pero el pequeño Joe Nutria a veces se enfada con facilidad, sobre todo cuando tiene hambre, y esta vez se había quedado sin desayunar, ¿sabes?.

En realidad, el oso Buster no le había quitado el pez al pequeño Joe. Pero visto desde la perspectiva de Joe, era exactamente lo mismo. Verás, Buster sabía perfectamente, cuando invitó al pequeño Joe a regresar por la trucha, que este jamás se atrevería a hacer algo así.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Billy Visón.

—Está en algún lugar río arriba del Arroyo Risueño. ¡Ojalá se cayera y se ahogara! —espetó el pequeño Joe.

Billy Visón no pudo evitar soltar una carcajada. La idea de que el enorme oso Buster pudiera ahogarse en el Arroyo Risueño era demasiado graciosa. No había suficiente agua para eso en ningún lado, excepto en el Estanque Sonriente, y este quedaba en los Prados Verdes, a donde Buster jamás iba.

—Vamos a ver qué está haciendo —dijo Billy Visón.

Al principio, el pequeño Joe no quería ir, pero finalmente la curiosidad venció a su miedo y accedió. Así que los dos pequeños pillos de pelaje marrón avanzaron río arriba por el Arroyo Risueño, procurando con sumo cuidado mantenerse fuera de la vista. Apenas habían avanzado un poco cuando Billy Visón susurró: «¡Shh! Ahí está».

Efectivamente, allí estaba el oso Buster, sentado junto a una pequeña poza, observándola fijamente.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el pequeño Joe Nutria, mientras el oso Buster permanecía sentado durante un buen rato sin moverse.

En ese preciso instante, una de las grandes garras de Buster se metió en el agua a la velocidad del rayo y sacó una trucha que se había acercado demasiado.

—¡Está pescando! —exclamó Billy Visón.

Y eso era precisamente lo que hacía el oso Buster, y era evidente que se lo estaba pasando en grande. Después de comerse la trucha que acababa de atrapar, se dirigió a la siguiente poza.

—¡Son nuestros peces! —exclamó Joe con vehemencia—. ¡Él no tiene derecho a pescar nuestros peces!

—No veo cómo vamos a detenerlo —dijo Billy Visón.

—¡Yo sí! —gritó el pequeño Joe, a quien de repente se le ocurrió una gran idea—. Voy a ahuyentar a todos los peces de las pozas y a enturbiar el agua. ¡A ver cuántos peces logra atrapar entonces! Ya verás cómo me vengo del oso Buster.

El pequeño Joe se deslizó rápidamente en el agua y nadó directo hacia la poza donde el oso Buster intentaría pescar a continuación. Asustó a los peces, que huyeron en todas direcciones, y luego removió el lodo del fondo hasta que el agua quedó tan turbia que Buster no pudo ver absolutamente nada. Joe repitió la misma táctica en la poza contigua y en la siguiente. Ese día, la pesca del oso Buster quedó completamente arruinada.



Nutria de río de América del Norte **(*Lontra canadensis*)**[2]

III

EL OSO BUSTER ESTÁ MUY DESCONCERTADO

Desde que llegó al Bosque Verde, el oso Buster no se lo había pasado tan bien. Su diversión comenzó cuando sorprendió al pequeño Joe Nutria en la orilla de una pequeña poza en el Arroyo Risueño. El pequeño Joe se asustó tanto que dejó caer una trucha gorda que acababa de atrapar. A Buster le pareció una broma genial y se rió entre dientes mientras se comía la trucha. Cuando terminó, se fue a pescar él también.

Poco después llegó a otra pequeña poza. Se acercó sigilosamente, con mucha suavidad, para no asustar a los peces. Entonces se sentó cerca de la orilla y se quedó completamente inmóvil. Buster había aprendido hacía mucho tiempo que un pescador debe ser paciente; a menos que, como al pequeño Joe Nutria, le resultara tan natural estar en el agua como a los propios peces y pudiera nadar lo suficientemente rápido como para perseguirlos y atraparlos. Así que no se movió ni un ápice. Estaba tan quieto que parecía el tronco de un viejo árbol. Quizás eso fue lo que pensaron los peces, porque muy pronto, dos o tres nadaron justo al lado de donde estaba sentado. Ahora bien, aunque el oso Buster es grande y de aspecto robusto, no hay nada que se mueva más rápido que una de sus grandes garras cuando se lo propone. Una de ellas se movió en ese instante, y más rápido que un parpadeo sacó a uno de esos peces incautos a la orilla.

Los ojitos de Buster brillaron y se relamió los labios mientras se dirigía a la siguiente poza, pues sabía que era inútil quedarse más tiempo en la primera. Los peces se habían asustado tanto que no volverían en mucho, mucho tiempo. En la siguiente poza sucedió exactamente lo mismo. Para entonces, el oso Buster estaba de muy buen humor. Era divertido atrapar los peces, y aún más divertido comérselos. ¿Qué mejor desayuno que una trucha recién pescada? ¡No era de extrañar que se sintiera de maravilla! Pero se necesitan más de tres truchas para llenar el estómago del oso Buster, así que continuó hacia la siguiente poza.

Sin embargo, en lugar de ser hermosa y cristalina para que Buster pudiera ver el fondo y saber si había peces, esta pequeña poza estaba tan turbia que no se veía absolutamente nada. Parecía como si alguien hubiera removido todo el lodo del fondo.

—¡Vaya! —exclamó el oso Buster—. No tiene sentido intentar pescar aquí. Solo perdería el tiempo. Probaré en la siguiente poza.

Así que siguió hasta la siguiente poza, pero la encontró igual de fangosa que la anterior. Luego fue a otra, y esta no estaba mejor. Buster se sentó y se rascó la cabeza. Era desconcertante. Sí, señor, era muy desconcertante. Miró a un lado y a otro con sospecha, pero no había nadie a la vista. Todo estaba en absoluto silencio, salvo por el murmullo del Arroyo Risueño. De alguna manera, a Buster le pareció que el arroyo se estaba burlando de él.

—Es muy extraño —murmuró Buster—, muy extraño, de verdad. Parece que hoy no podré pescar nada más. No lo entiendo en absoluto. Menos mal que al menos conseguí las primeras truchas. Parece que alguien está intentando... ¡Ah! —De repente se le ocurrió una idea.

Entonces empezó a reírse entre dientes y, finalmente, soltó una carcajada.

—¡Apuesto a que ese pillo de Joe Nutria está tratando de vengarse de mí por haberme comido su trucha gorda!

Y como al oso Buster siempre le gustaba un buen chiste, incluso cuando era a costa suya, se rió a carcajadas, lo cual era mucho mejor que enfurecerse como lo había hecho el pequeño Joe Nutria.

—¡Eres muy listo, señor Nutria! Eres muy listo, pero hay otros que también lo son —dijo el oso Buster y, todavía riendo, se marchó para idear un plan con el que jugarle una buena pasada al pequeño Joe Nutria.



Visón americano **(*Neogale vison*)**[3]

IV

EL PEQUEÑO JOE NUTRIA LE DA EL DESAYUNO AL OSO BUSTER

Vengarse por puro rencor
no siempre da resultado.
De hecho, por el error,
suele ocurrir lo contrario.

Así fue como el pequeño Joe Nutria le preparó al Oso Buster el mejor desayuno que había probado en mucho tiempo. No lo hizo a propósito, ¡oh, no! La verdad es que siempre pensó que le estaba impidiendo desayunar. Verás, no conocía lo suficiente a Buster como para saber que el oso era tan listo como él, o quizás incluso un poco más. El rencor y el egoísmo eran la verdadera causa de todo.

Resulta que el pequeño Joe y Billy Visón habían tenido la pesca en el Arroyo Risueño para ellos solos durante tanto tiempo que pensaban que nadie más tenía derecho a pescar allí. Claro que Bobby Mapache pescaba algunos pececitos, pero a ellos no les importaba Bobby. El hijo del granjero Brown también pescaba allí a veces, y esto siempre enfurecía al pequeño Joe y a Billy Visón, pero le tenían tanto miedo que no se atrevían a hacer nada al respecto. Pero cuando descubrieron que el Oso Buster también era pescador, decidieron que tenían que ponerle un alto. Al menos, el pequeño Joe lo decidió.

—Mañana por la mañana lo intentará de nuevo —dijo el pequeño Joe—. Estaré atento, y en cuanto lo vea venir, ahuyentaré a todos los peces, igual que hice hoy. Supongo que así aprenderá a dejar a nuestros peces en paz.

A la mañana siguiente, el pequeño Joe se escondió antes del amanecer junto a la pequeña poza donde el Oso Buster le había dado aquel tremendo susto. Efectivamente, justo cuando los alegres rayos del sol empezaban a asomar por el Bosque Verde, vio al Oso Buster acercándose directamente hacia allí. El pequeño Joe se metió en el agua de inmediato y ahuyentó a todos los peces, removiendo el lodo del fondo hasta que el agua quedó tan turbia que no se veía nada. Luego corrió a la siguiente poza e hizo lo mismo.

Ahora bien, el Oso Buster es muy inteligente. Como recordarás, el día anterior ya había adivinado quién le había arruinado la pesca. Así que esa mañana solo caminó lo suficiente para asegurarse de que, si el pequeño Joe lo estaba vigilando (lo cual daba por hecho), lo viera llegar. Entonces, en lugar de seguir hacia las pozas profundas, se apresuró a un tramo más abajo del Arroyo Risueño donde el agua era muy baja y apenas le cubría las patas, y allí se sentó, riéndose para sus adentros.

Las cosas sucedieron tal y como lo había previsto. Los peces asustados que el pequeño Joe había ahuyentado de las pozas de arriba nadaron río abajo por el Arroyo Risueño a toda velocidad porque, como ya sabes, el pequeño Joe venía persiguiéndolos y no tenían a dónde más huir. Cuando llegaron al lugar donde Buster estaba esperando, todo lo que el oso tuvo que hacer fue sacarlos del agua con sus garras hacia la orilla. Fue de lo más divertido. Buster no tardó nada en atrapar todos los peces que pudo comer. Luego, guardó una trucha especialmente gorda y se sentó a esperar.

Al cabo de un rato apareció el pequeño Joe Nutria, riéndose a más no poder al pensar en cómo le había arruinado la pesca al Oso Buster. Estaba tan concentrado mirando hacia atrás para ver si Buster lo seguía, que no se dio cuenta de que el oso estaba justo enfrente hasta que este le habló.

—Le agradezco mucho el excelente desayuno que me ha preparado —dijo Buster con su voz más profunda y ronca—. Le he guardado una trucha bien gorda para compensar la que me comí ayer. Espero que vengamos a pescar juntos más seguido.

Dicho esto, el oso se echó a reír a carcajadas. El pequeño Joe no supo qué decir; estaba tan sorprendido y enfadado que dio media vuelta y se marchó solo y de muy mal humor. Y Billy Visón, que lo había estado observando todo desde un escondite, se acercó corriendo y se comió la trucha gorda.

V

EL SENTIDO COMÚN DEL ABUELO RANA

No hay nada como el sentido común para solucionar los problemas. Las personas que tienen mucho sentido común suelen ser consideradas muy sabias. Sus vecinos las admiran, acuden siempre a ellas en busca de consejo y las respetan profundamente. Tal es el caso del abuelo Rana. Es muy viejo y muy sabio; al menos, eso es lo que piensan sus vecinos. La verdad es que simplemente posee una gran dosis de sentido común, que a fin de cuentas, es la mejor clase de sabiduría.

Cuando el pequeño Joe Nutria descubrió que el Oso Buster había sido más listo que él, y que en lugar de arruinarle la pesca en el Arroyo Risueño en realidad le había facilitado la tarea de atrapar todos los peces que quisiera, se marchó furioso hacia el Estanque Sonriente.

Billy Visón se detuvo el tiempo suficiente para comerse la trucha gorda que Buster había dejado en la orilla y luego él también bajó al Estanque Sonriente.

Cuando el pequeño Joe Nutria y Billy Visón llegaron al Estanque Sonriente, se subieron a la Gran Roca, y allí el pequeño Joe se puso a refunfuñar y a refunfuñar, hasta que finalmente el abuelo Rana le preguntó qué le pasaba. El pequeño Joe no quiso soltar palabra, pero Billy Visón contó toda la historia. Al relatar cómo Buster había sido demasiado listo para el pequeño Joe, le hizo tanta gracia que Billy no pudo evitar soltar una carcajada. También se rió el abuelo Rana, y lo mismo hizo Jerry la Rata Almizclera, que había estado escuchando a escondidas.

Por supuesto, esto enfureció al pequeño Joe más que nunca. Dijo un montón de cosas desagradables sobre el Oso Buster, Billy Visón, el abuelo Rana y Jerry la Rata Almizclera, solo porque se habían reído de la astucia de Buster.

—¡No es más que un bravucón y un ladrón! —exclamó el pequeño Joe.

—¡Croboc, cro - o - boc! Puede que sea un bravucón, porque la gente muy grande suele serlo, y aunque no lo he visto, supongo por todo lo que he oído que el Oso Buster es bastante enorme. Pero no veo cómo puede ser un ladrón —dijo el abuelo Rana.

—¿Acaso no pescó mis peces y se los comió? —espetó el pequeño Joe—. ¿Eso no lo convierte en un ladrón?

—Esos peces no eran más tuyos que míos —protestó Billy Visón.

—Bueno, ¡entonces nuestros peces! Nos robó el pescado, si eso te gusta más. Eso lo convierte en un ladrón igual de grande, ¿no? —gruñó el pequeño Joe.

El abuelo Rana miró al alegre, redondo y brillante señor Sol, y parpadeó lentamente con uno de sus grandes ojos saltones.

—Ahí viene una mosca verde muy tonta —dijo—. ¿A quién le pertenece?

—¡A nadie! —espetó el pequeño Joe—. ¿Qué tienen que ver esas tontas moscas verdes con mis... quiero decir, con nuestros peces?

—Nada, absolutamente nada —respondió el abuelo Rana con suavidad—. Solo esperaba que se acercara lo suficiente para poder atraparla; entonces sería mía. Mientras no lo haga, no le pertenece a nadie. Supongo que si el Oso Buster apareciera y la atrapara, me estaría robando, según el pequeño Joe.

—¡Claro que no! ¡Qué idea tan tonta! Te estás volviendo ridículo con la edad —replicó el pequeño Joe.

—¿Entonces puedes decirme cuál es la diferencia entre los peces que tú no has pescado y las moscas verdes que yo no he atrapado? —preguntó el abuelo Rana.

El pequeño Joe no supo qué responder.

—Sigue mi consejo, pequeño Joe Nutria —continuó el abuelo Rana—, y hazte siempre amigo de los que son más grandes, más fuertes y más listos que tú. Ya verás que vale la pena.



Rana toro americana **(*Lithobates catesbeianus*)**[4]

VI

EL PEQUEÑO JOE NUTRIA SIGUE EL CONSEJO DEL ABUELO RANA

Quien a un enemigo vuelve su amigo,
le dice adiós al miedo y al peligro.

El pequeño Joe Nutria lo descubrió por sí mismo cuando siguió el consejo del abuelo Rana. Desde luego, jamás habría admitido que le tenía miedo al oso Buster. A nadie le gusta aceptar que siente temor, y menos que nadie al pequeño Joe Nutria. Y la verdad sea dicha, al pequeño Joe le sobra valor. Muy pocos de los pequeños habitantes del Bosque Verde o de los Prados Verdes se atreverían a buscarle pelea, porque el pequeño Joe es un guerrero formidable cuando se ve obligado a luchar. De hecho, todos los que vivían en el Arroyo Risueño o en el Estanque Sonriente solían dejar que el pequeño Joe se saliera siempre con la suya en todo.

Pero salirse siempre con la suya es perjudicial. Puede volver a una criatura egoísta, desconsiderada con los demás y muy difícil de tratar. Así le estaba pasando al pequeño Joe Nutria. El abuelo Rana lo sabía perfectamente, por lo que sacudió la cabeza con mucha seriedad cuando el pequeño Joe se marchó dándole malas contestaciones.

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima! ¡Croboc, cro-o-boc! Es una verdadera lástima que un muchacho tan bueno como el pequeño Joe eche a perder su buen carácter con semejante imprudencia y egoísmo. ¡Qué lástima! —exclamó.

Así que, aunque no lo demostró, el abuelo Rana se alegró muchísimo al enterarse de que el oso Buster había sido más astuto que el pequeño Joe Nutria. Le hizo tanta gracia que tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener la risa. Sin embargo, logró dominarse y se mostró tan serio y solemne como cuando le aconsejó al pequeño Joe que siempre se hiciera amigo de cualquiera que fuera más grande, más fuerte y más listo que él. Era un consejo lleno de sensatez y sentido común; pero el pequeño Joe se limitó a resoplar y se marchó declarando que, de un modo u otro, se vengaría del oso Buster.

Ahora bien, el pequeño Joe suele ser alegre y divertido por naturaleza. Después de llegar a casa y de que su mal genio se calmara un poco, empezó a ver el lado cómico de la situación. Pensó en cómo, a pesar de haberse esforzado tanto por asustar a los peces en las pequeñas pozas del Arroyo Risueño para que Buster no atrapara ninguno, lo único que había logrado todo ese tiempo fue empujarlos directo hacia las garras del oso. Al cabo de un rato, esbozó una sonrisa. Al principio fue una sonrisa un tanto avergonzada, pero finalmente se transformó en una sonora carcajada.

—Creo —dijo el pequeño Joe mientras se secaba las lágrimas de risa de los ojos— que el abuelo Rana tiene toda la razón, y lo mejor que puedo hacer es hacerme amigo del oso Buster. Lo intentaré mañana mismo.

Así que, muy temprano al día siguiente, el pequeño Joe Nutria fue al mejor lugar de pesca que conocía en el Arroyo Risueño y atrapó la trucha más grande que pudo encontrar. Era tan grande y gorda que al pequeño Joe se le hacía agua la boca, pues ya sabes que las truchas gordas son su comida favorita. Sin embargo, no le dio ni un solo mordisco. En su lugar, la colocó con mucho cuidado sobre un viejo tronco donde el oso Buster seguro la vería si pasaba por allí. Luego se escondió muy cerca, desde donde pudiera vigilar.

Buster se retrasó un poco esa mañana. Al pequeño Joe le parecía que no llegaría nunca. Incluso estuvo a punto de perder el pez en un descuido. Volteó la cabeza solo por un minuto y, cuando volvió a mirar, la trucha había desaparecido de la superficie del tronco. Buster no podía haber aparecido sigilosamente para llevársela, porque un animal tan enorme no habría podido esfumarse de la vista en un parpadeo.

El pequeño Joe corrió hacia el tronco y miró al otro lado. Allí estaba la trucha gorda, y también el primo más pequeño de Joe, Shadow la Comadreja, que es un gran ladrón y un verdadero malvado. El pequeño Joe se lanzó sobre él furioso, pero Shadow fue demasiado rápido y logró escabullirse. El pequeño Joe volvió a colocar el pez sobre el tronco y regresó a esperar, pero esta vez no le quitó los ojos de encima.

Por fin, cuando ya estaba a punto de rendirse, vio al oso Buster caminando con andar pesado hacia el Arroyo Risueño. De repente, Buster se detuvo en seco y olfateó el aire. Una de las Pequeñas Brisas Alegres le había llevado el aroma de aquella trucha gorda. De inmediato se dirigió directo hacia donde yacía el pez, arrugando el hocico y con los ojos brillándole de puro gusto.

—Vaya, me pregunto quién habrá tenido la amabilidad de dejarme este delicioso desayuno preparado —dijo el oso en voz alta.

—Fui yo —dijo el pequeño Joe con una voz un tanto tímida—. Lo pesqué especialmente para ti.

—Muchas gracias —respondió Buster, y sus ojos brillaron más que nunca—. Me parece que vamos a ser muy buenos amigos.

—Eso espero —respondió el pequeño Joe.

VII

EL HIJO DEL GRANJERO BROWN NO TIENE NADA DE SUERTE

El hijo del granjero Brown caminaba por el Bosque Verde mientras silbaba alegremente. Siempre silba cuando se siente contento, y siempre se siente contento cuando va a pescar. Verás, le gusta la pesca tanto como al pequeño Joe Nutria, a Billy Visón o al Oso Buster. En ese momento se dirigía a través del Bosque Verde hacia el Arroyo Risueño, seguro de que para cuando lo hubiera seguido hasta el Estanque Sonriente tendría un buen montón de truchas para llevar a casa. Conocía cada poza del Arroyo Risueño donde solían esconderse las truchas, y era justo la clase de mañana en que los peces debían de tener hambre. Así que silbó mientras caminaba, y daba gusto escuchar su silbido.

Cuando llegó a la primera poza, puso la carnada en su anzuelo con sumo cuidado y luego, procurando mantenerse fuera de la vista de cualquier trucha que pudiera andar por ahí, comenzó a pescar. El hijo del granjero Brown había aprendido hacía mucho tiempo que para ser un buen pescador hay que tener mucha paciencia; así que, aunque no consiguió que picaran de inmediato como esperaba, no se desanimó en absoluto. Se mantuvo muy callado, y esperó y esperó, de verdad esperó pacientemente a que alguna trucha incauta mordiera el anzuelo. Pero no consiguió que ninguna siquiera se acercara.

—O las truchas han perdido el apetito, o se han vuelto muy listas —murmuró el hijo del granjero Brown tras un largo rato, antes de avanzar hacia la siguiente pequeña poza.

Allí sucedió exactamente lo mismo. Fue muy paciente, muy, pero muy paciente, pero su paciencia no obtuvo recompensa; ni siquiera el más mínimo indicio. El hijo del granjero Brown siguió caminando hacia la siguiente poza con el ceño fruncido y completamente intrigado. Nunca antes había visto algo así. No sabía qué pensar. Toda la noche anterior había estado soñando con la deliciosa cena de trucha frita que tendría al día siguiente, y ahora... bueno, si no pescaba alguna trucha pronto, esa espléndida cena se quedaría solo en un sueño.

—Si no supiera que nadie más viene a pescar aquí, pensaría que alguien estuvo en este lugar esta misma mañana y pescó todos los peces, o los asustó tanto que están todos escondidos —dijo mientras seguía caminando pesadamente hacia la siguiente poza—. Nunca había tenido tan mala suerte en mi vida. ¡Caramba! ¿Qué es esto?

Allí, en la orilla junto a la pequeña poza, estaban las cabezas de tres truchas. El hijo del granjero Brown las miró con el ceño fruncido, más desconcertado que nunca.

—Alguien ha estado pescando aquí, y ha tenido mucha más suerte que yo —pensó.

Miró corriente arriba y corriente abajo del Arroyo Risueño, y miró en todas direcciones, pero no vio a nadie. Entonces recogió una de las cabecitas y la examinó con atención.

—¡No la cortaron con un cuchillo; la arrancaron de un mordisco! —exclamó—. Me pregunto si Billy Visón será el pillo que me ha arruinado la diversión.

A partir de ese momento, se mantuvo muy atento a cualquier señal de Billy Visón; pero aunque encontró dos o tres cabezas de trucha más, no vio ninguna otra pista y no pescó absolutamente nada. Esto lo desconcertó más que nunca. No parecía posible que una criatura tan pequeña como Billy Visón hubiera podido atrapar o asustar a todos los peces, ni haberse comido tantos. Además, no recordaba haber visto nunca a Billy dejar cabezas tiradas por ahí. A veces Billy pesca más de lo que puede comer, pero en esos casos suele esconder las sobras.

Cuanto más se adentraba en el Arroyo Risueño, más desconcertado se sentía el hijo del granjero Brown. Todo le resultaba sumamente extraño. Y se habría sentido aún más extraño de haber sabido que, todo el tiempo, otros dos pescadores que habían llegado antes que él lo observaban escondidos y se reían entre dientes. Eran el pequeño Joe Nutria y el Oso Buster.



Armiño o comadreja de cola corta (***Mustela erminea***)[5]

VIII

EL HIJO DEL GRANJERO BROWN SE LLEVA TREMENDO SUSTO

Fue un susto repentino y tan extraño,
que al hijo del granjero Brown le erizó el cabello.

Es curioso cómo el pelo se puede poner de punta de repente, ¿verdad? Pero eso fue justo lo que le pasó al hijo del granjero Brown el día que fue a pescar al Arroyo Risueño y no tuvo nada de suerte. Solo hay dos cosas que hacen que el pelo se erice: la ira y el miedo. La ira a veces hace que el pelo del lomo y del cuello del Sabueso Bowser, así como el de otros pequeños seres, se levante; y ya sabes bien que el pelo de la cola de Gatita Negra se pone de punta hasta hacer que su cola parezca el doble de grande de lo que realmente es. Tanto el enojo como el temor provocan eso. Pero solo hay una cosa capaz de erizarle el pelo de la cabeza al hijo del granjero Brown y, como no era el enojo, por supuesto tenía que ser el miedo.

Nunca antes le había sucedido algo así. Verás, el hijo del granjero Brown no le temía a casi nada. Quizás no habría sentido miedo en esta ocasión de no haber sido por la enorme sorpresa que se llevó. Como recordarás, al encontrar las cabezas de las truchas en la orilla, supo de inmediato que alguien más había estado pescando y que por eso él no había podido atrapar ninguna; pero no le parecía posible que el pequeño Billy Visón se hubiera comido tantas truchas, y ni por un segundo se le ocurrió pensar en el pequeño Joe Nutria, así que estaba sumamente desconcertado.

Le daba vueltas a todo en la cabeza, tratando de descifrar qué podía significar, cuando llegó a un pequeño tramo lodoso en la orilla del Arroyo Risueño. Allí vio algo que hizo que sus ojos se abrieran tanto que parecía que se le saldrían de las órbitas, y fue justo en ese instante cuando sintió que se le erizaba el cabello. Al menos, eso fue lo que contó después. ¿Qué fue lo que vio? ¿Qué te imaginas? Pues era una huella en el barro blando. Sí, señor, eso era y nada más. Pero era la huella más grande que el hijo del granjero Brown hubiera visto jamás, y parecía como si la hubieran dejado hacía apenas unos minutos. Era la huella del Oso Buster.

El hijo del granjero Brown no tenía idea de que el oso Buster se había mudado a vivir al Bosque Verde. Jamás había oído hablar de un oso en esos rumbos. Por eso estaba tan sorprendido que le costaba creer lo que veía con sus propios ojos, y sintió una extraña sensación en todo el cuerpo; un ligero escalofrío, a pesar de que era un día muy cálido. Por alguna razón, no tenía el menor deseo de encontrarse cara a cara con el oso Buster. Si hubiera llevado consigo su terrible escopeta, tal vez la historia habría sido diferente. Pero no la traía, así que de repente decidió que ya no quería pescar más por ese día.

Además, le asaltó la extraña sensación de que lo estaban observando, aunque no alcanzaba a ver a nadie. Y en efecto, lo estaban observando. El pequeño Joe Nutria y el oso Buster lo vigilaban con atención, esforzándose al máximo por mantenerse ocultos fuera de su vista.

Durante todo el camino de regreso a casa a través del Bosque Verde, el hijo del granjero Brown no dejaba de mirar de reojo hacia atrás, y no respiró aliviado hasta que por fin llegó al límite del bosque. No había salido corriendo, pero ganas no le habían faltado.

—¡Vaya! —le dijo el Oso Buster al pequeño Joe Nutria—. ¡Me parece que ese muchacho estaba muerto de miedo!

Y el Oso Buster tenía toda la razón.



Conejo de Florida o conejo del este (***Sylvilagus floridanus***)[6]

IX

EL PEQUEÑO JOE NUTRIA TIENE GRANDES NOTICIAS QUE CONTAR

El pequeño Joe Nutria estaba rebosante de emoción. Apenas podía contenerse. Sentía que tenía la mejor noticia que contar desde el día en que Peter Conejo había encontrado las huellas del Oso Buster en el Bosque Verde. No podía guardársela ni un minuto más. Así que se apresuró a ir al Estanque Sonriente, donde estaba seguro de que encontraría a Billy Visón, Jerry la Rata Almizclera, el abuelo Rana y Manchita la Tortuga, con la esperanza de que tal vez algunos de los otros pequeños habitantes del Bosque Verde también anduvieran por allí.

Y en efecto, Peter Conejo estaba allí, a un lado del Estanque Sonriente, haciéndole muecas al Reddy Zorro, que se encontraba justo en la otra orilla, lo cual, por supuesto, no era nada educado por parte de Peter. El Señor y la Señora Tordo Ala roja también andaban por el lugar, y Blacky el Cuervo estaba posado en la copa de un gran nogal.

El pequeño Joe Nutria nadó directamente hacia la Gran Roca y trepó hasta la parte más alta. Se le veía tan emocionado y sus ojos brillaban tanto que todos supieron de inmediato que algo importante había sucedido.

—¡Hola! —exclamó Billy Visón—. ¡Miren al pequeño Joe Nutria! ¡Seguro que por una vez ha sido más listo que el oso Buster!

El pequeño Joe le hizo una mueca a Billy Visón y sacudió la cabeza.

—No, Billy —dijo—, estás equivocado, completamente equivocado. No creo que nadie sea capaz de ser más listo que el oso Buster.

El zorro Reddy esbozó una sonrisa desagradable.

—¡No estés tan seguro! —espetó—. Yo todavía no he terminado con él.

—¡Fanfarrón! ¡Fanfarrón! —gritó Peter Conejo.

Reddy miró fijamente a Peter al otro lado del Estanque Sonriente.

—¡Tampoco he terminado contigo, Peter Conejo! —gruñó—. ¡Ya lo verás algún día!

—¡Reddy, Reddy, astuto y presumido, no atrapas ni a una mosca a pesar de su zumbido! —se burló Peter.

—¡Croboc, cro-o-boc! —exclamo el abuelo Rana con su voz más profunda y ronca—. Ya sabemos bastante de esas peleas. Lo que queremos saber es qué trae entre manos el pequeño Joe Nutria.

—¡Son noticias, noticias estupendas! —exclamo el pequeño Joe.

—Podremos apreciar mejor lo maravillosas que son cuando sepamos de qué se tratan —respondió el abuelo Rana con cierto tono de impaciencia—. ¿De qué se trata?

El pequeño Joe Nutria miró a su alrededor, observando todos los rostros ansiosos que lo contemplaban, y luego, de la manera más pausada y provocadora, murmuró:

—El hijo del granjero Brown le tiene miedo al Oso Buster.

Durante un minuto entero, nadie pronunció una sola palabra. Entonces Blacky el Cuervo se inclinó desde su percha en el gran nogal y miró fijamente al pequeño Joe mientras decía:

—No me lo creo. No me creo ni una sola palabra. El hijo del granjero Brown no le teme a nadie que viva en el Bosque Verde, ni en los Prados Verdes, ni en el Estanque Sonriente, y tú lo sabes bien. Todos nosotros le tenemos miedo a él.

El pequeño Joe miró fijamente a Blacky.

—No me importa si lo crees o no —replicó—, es la pura verdad.

Luego les contó que esa misma mañana él y el Oso Buster habían estado pescando juntos en el Arroyo Risueño, y que el hijo del granjero Brown también había ido a pescar allí, pero no había conseguido ni una sola trucha porque todas habían sido atrapadas o asustadas antes de que él llegara. Después relató cómo el hijo del granjero Brown había encontrado una huella del Oso Buster en el barro blando, y cómo había recogido sus cosas de inmediato para emprender el camino de regreso a casa, mirando de reojo hacia atrás con puro miedo en los ojos durante todo el trayecto.

—¡A ver, dime ahora que no tiene miedo! —concluyó el pequeño Joe—. Por fin sabe lo que sentimos nosotros cuando anda merodeando por donde estamos. ¿A poco no es genial? ¡Ahora nos vengaremos de él!

—¡Lo creeré cuando lo vea con mis propios ojos! —espetó Blacky el Cuervo.

X

EL OSO BUSTER SE CONVIERTE EN UN HÉROE

La noticia que el pequeño Joe Nutria contó en el Estanque Sonriente — sobre cómo el hijo del granjero Brown había huido del Oso Buster sin siquiera verlo— pronto se extendió por todos los Prados Verdes y por el Bosque Verde, hasta que todos los que vivían allí se enteraron. Por supuesto, Peter Conejo ayudó a difundirla. ¡Siempre puedes confiar en Peter para eso! Pero todos los demás también pusieron de su parte. Verás, todos le habían tenido miedo al hijo del granjero Brown durante tanto tiempo que les hacía mucha gracia la sola idea de tener a alguien en el Bosque Verde capaz de hacerlo sentir el mismo temor que ellos habían experimentado en carne propia. Y así fue como el oso Buster se convirtió de inmediato en un héroe para la mayoría de ellos.

Algunos dudaron de la historia del pequeño Joe. Uno de ellos fue Blacky el Cuervo. Otro fue el Reddy Zorro. Blacky dudó porque conocía tan bien al hijo del granjero Brown que no podía imaginárselo asustado. Reddy dudó porque no quería creerlo. Verás, estaba celoso del Oso Buster y, al mismo tiempo, le tenía miedo. Así que Reddy fingió no creer ni una palabra de lo que había dicho el pequeño Joe Nutria, y estuvo de acuerdo con Blacky en que solo creería que el hijo del granjero Brown tenía miedo si lo veía con sus propios ojos.

Sin embargo, casi todos los demás creyeron la historia, y hubo una gran alegría. La mayoría le tenía miedo a Buster, mucho miedo, porque era enorme y fuerte. Pero le tenían aún más miedo al hijo del granjero Brown, porque no lo conocían ni lo entendían, y porque en el pasado había intentado atrapar a algunos de ellos en trampas y había cazado a otros con su terrible escopeta.

Así que ahora estaban muy orgullosos de pensar que uno de los suyos lo había asustado, y comenzaron a ver al Oso Buster como un verdadero héroe. Intentaron de mil maneras de mostrarle su amistad y se desvivieron por hacerle favores. Cada vez que se encontraban, solo hablaban de la astucia y la grandeza del Oso Buster.

—Ahora supongo que el hijo del granjero Brown se mantendrá alejado del Bosque Verde, y no tendremos que estar vigilándolo todo el tiempo —dijo el Bobby Mapache mientras lavaba su cena en el Arroyo Risueño, porque ya sabes que es muy pulcro y meticuloso.

—Y no se atreverá a tenderme más trampas —se jactó Billy Visón.

—Ojalá el hermano Oso fuera al gallinero del granjero Brown y asustara a su hijo para que se mantuviera alejado de allí. Me haría un favor que le agradecería muchísimo —dijo el tío Billy Zarigüeya al oír la noticia.

—Vayamos todos juntos a decirle al Oso Buster lo agradecidos que estamos por lo que ha hecho —propuso Jerry la Rata Almizclera.

—¡Es una idea espléndida! —exclamó el pequeño Joe Nutria—. ¡Hagámoslo enseguida!

—¡Caw, caw, caw! —exclamó Blacky el Cuervo—. Yo digo que esperemos a ver si es verdad.

—¡Claro que es verdad! —espetó el pequeño Joe Nutria—. ¿Acaso dudas de mi palabra?

—Por supuesto que no, por supuesto que no. Nadie duda de tu palabra —respondió Blacky con la mayor cortesía—. Pero tú mismo dices que el hijo del granjero Brown no vio al Oso Buster, sino solo su huella. Quizás no supo de quién era y, si lo hubiera sabido, tal vez no habría tenido miedo. Ahora bien, tengo un plan para comprobar por nosotros mismos si de verdad le tiene miedo al Oso Buster.

—¿Qué plan es? —preguntó Sammy Arrendajo con entusiasmo.

Blacky el Cuervo sacudió la cabeza y guiñó un ojo.

—Eso sería contarlo todo antes de tiempo —dijo—. Quiero pensarlo bien. Si nos vemos mañana al amanecer en el Gran Nogal y consigues que vengan todos los demás que puedas, tal vez se los cuente.



Cuervo americano (***Corvus brachyrhynchos***)[7]

XI

BLACKY EL CUERVO CUENTA SU PLAN

¡Blacky es un gran soñador!
¡Blacky es astuto y calculador!
Su voz es ronca y chillona,
¡y grita cuando algo no funciona al instante!

Es un hecho innegable. Blacky el Cuervo siempre está soñando y tramando algo, y casi siempre se trata de alguna travesura. Es uno de los seres más listos y astutos de todos los pequeños habitantes de los Prados Verdes y del Bosque Verde, y todos los demás lo saben perfectamente. A Blacky le encanta la emoción. Le fascina que sucedan cosas y, cuanto más emocionantes sean, mejor. Así tiene la oportunidad de usar su áspera voz, ¡y vaya que la usa!

Por eso ahora, sentado en la copa del gran nogal junto al Estanque Sonriente, contemplando a toda la concurrencia reunida allí abajo, se sentía sumamente feliz. Para empezar, se sentía muy importante, y ya sabes cuánto le encanta a Blacky sentirse el centro de atención. Todos habían acudido a su invitación para escuchar un plan que les permitiría comprobar por sí mismos si era verdad que el hijo del granjero Brown le tenía miedo al Oso Buster.

En la Gran Roca del Estanque Sonriente estaban sentados el pequeño Joe Nutria, Billy Visón y Jerry la Rata Almizclera. En su gran nenúfar verde estaba el abuelo Rana. En otro nenúfar se encontraba Manchita la Tortuga. En la orilla de un lado del estanque estaban Peter Conejo, Jumper la Liebre, Danny el Ratón de los Prados, Johnny Marmota, Jimmy la Mofeta, el tío Billy Zarigüeya, la Ardilla Rayada y el Viejo Señor Sapo. Al otro lado del Estanque Sonriente aguardaban el Reddy Zorro, Digger el Tejón y Bobby Mapache. En las ramas del Gran nogal se acomodaban Chatterer la ardilla roja, Happy Jack la ardilla gris y Sammy Arrendajo.

Blacky esperó hasta asegurarse de que no venía nadie más. Luego se aclaró la garganta ruidosamente y comenzó a hablar.

—Amigos —dijo.

Todos sonrieron de medio lado, pues Blacky había hecho tantas jugarretas en el pasado que nadie era realmente su amigo, salvo ese otro bromista de Sammy Arrendajo, que, como ya sabes, es primo de Blacky. Pero nadie interrumpió, y el cuervo continuó con su discurso.

—El pequeño Joe Nutria nos ha contado cómo vio al hijo del granjero Brown apresurarse a volver a casa cuando encontró la huella del Oso Buster en la orilla del Arroyo Risueño, y cómo durante todo el camino no dejó de mirar hacia atrás, como si estuviera asustado. Tal vez lo estaba, o tal vez no. Quizás tenía otra cosa en mente. Ustedes han convertido al Oso Buster en un héroe solo porque creen la historia del pequeño Joe. Ahora bien, no digo que yo no la crea, pero lo que sí

digo es que estaré mucho más seguro de que el hijo del granjero Brown le teme a Buster cuando lo vea huir con mis propios ojos. Por lo tanto, este es mi plan:

»Mañana por la mañana, muy temprano, Sammy Arrendajo y yo armaremos un gran alboroto cerca del límite del Bosque Verde. El hijo del granjero Brown es muy curioso y de seguro vendrá a ver qué pasa. Entonces lo guiaremos poco a poco hacia donde se encuentre el Oso Buster. Si sale corriendo, seré el primero en admitir que el oso Buster es el gran héroe que algunos de ustedes parecen creer. Es un plan de lo más sencillo, y si todos se esconden en lugares desde donde puedan observar, podrán comprobar por sí mismos si el pequeño Joe Nutria tiene la razón. ¿Qué opinan?

De inmediato, todos empezaron a hablar al mismo tiempo. Era una estrategia tan simple que todos estuvieron de acuerdo. Además, prometía ser tan emocionante que todos prometieron asistir; es decir, todos menos el Abuelo Rana y Manchita la Tortuga, a quienes no les apetecía alejarse tanto del Estanque Sonriente. Así pues, se acordó que Blacky pondría a prueba su plan a la mañana siguiente.



Arrendajo azul o urraca azul (***Cyanocitta cristata***)[8]

XII

EL HIJO DEL GRANJERO BROWN Y EL OSO BUSTER SIENTEN CURIOSIDAD

Desde que amaneció, Blacky el Cuervo permanecía posado en la copa del árbol más alto del Bosque Verde, cerca de la casa del granjero Brown, sin apartar la vista ni un solo instante de la puerta trasera. ¿Qué esperaba? Pues al hijo del granjero Brown para que saliera a ordeñar las vacas. Mientras tanto, Sammy Arrendajo se desplazaba sigilosamente por el Bosque Verde buscando al Oso Buster, para así poder avisarle a su primo Blacky exactamente dónde se encontraba.

Al poco rato, se abrió la puerta trasera de la casa del granjero Brown y apareció su hijo. Llevaba un cubo de leche en cada mano. Enseguida, Blacky empezó a gritar a todo pulmón. «¡Caw, caw, caw!», chilló Blacky. «¡Caw, caw, caw!». Y todo el tiempo volaba de un lado a otro entre las ramas de los árboles, cerca del límite del Bosque Verde, como si estuviera tan emocionado que no pudiera quedarse quieto. El hijo del granjero Brown miró hacia allí, preguntándose a qué se debía tanto alboroto; pero no fue a investigar. No, señor; se dirigió directo al establo.

Blacky se quedó desconcertado. Verás, por muy listo y astuto que sea, Blacky no sabe nada sobre el sentido del deber, pues jamás tiene que trabajar excepto para conseguir lo suficiente para comer. Así que, cuando el hijo del granjero Brown se metió al establo en lugar de ir al Bosque Verde, Blacky no supo qué pensar. Gritó más fuerte que nunca, hasta que su voz se volvió tan ronca que ya no pudo emitir ningún sonido, pero el muchacho siguió su camino.

—Me gustaría saber a qué viene tanto escándalo, señor Cuervo, pero primero tengo que darles de comer a las vacas y ordeñarlas —dijo el muchacho para sus adentros.

Durante todo este tiempo, los demás habitantes del Bosque Verde y los Prados Verdes se habían mantenido escondidos en lugares desde donde podían vigilar todo lo que sucedía. En cuanto el hijo del granjero Brown desapareció en el establo, Chatterer la ardilla roja soltó una carcajada.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué gran plan tienes, Blacky! ¡Ja, ja, ja! —gritó. Blacky no supo qué responder y se limitó a agachar la cabeza, algo que rara vez hacía.

—Quizás si esperamos a que salga de nuevo, venga hacia acá —sugirió Sammy Arrendajo, que se había unido a Blacky.

Así que decidieron esperar. Parecía que el hijo del granjero Brown no iba a salir nunca, pero por fin lo hizo. De inmediato, Blacky y Sammy Arrendajo empezaron a gritar otra vez, armando todo el alboroto que pudieron. El muchacho llevó los dos cubos de leche a la casa, volvió a salir y se dirigió directamente hacia el Bosque Verde. Tenía tanta curiosidad por saber qué significaba todo aquello que no podía aguantar ni un minuto más.

Ahora bien, había alguien más que también sentía una enorme curiosidad. Había escuchado los gritos de Blacky el Cuervo y de Sammy Arrendajo, y los había oído hasta que ya no pudo soportarlo más. Simplemente tenía que saber qué estaba pasando. Así que, al mismo tiempo que el hijo del granjero Brown entraba al Bosque Verde, otro espectador avanzaba hacia donde Blacky y Sammy hacían tanto escándalo. Caminaba con mucha suavidad para no hacer el más mínimo ruido. Era el oso Buster.



Rata almizclera (***Ondatra zibethicus***)[9]

XIII

EL HIJO DEL GRANJERO BROWN Y EL OSO BUSTER SE ENCUENTRAN

Si caminando por la espesura
al Oso Buster logras ver,
dime la verdad, criatura:
¿te tardarías en echarte a correr?

Eso fue exactamente lo que hizo el hijo del granjero Brown cuando se encontró cara a cara con el oso Buster, y muchos de los pequeños habitantes del Bosque Verde y de los Prados Verdes lo presenciaron todo.

Unos días antes, cuando el muchacho había regresado a toda prisa a su casa desde el Arroyo Risueño sin haber pescado nada, contó que había descubierto una huella enorme en un tramo lodoso de la orilla, en lo profundo del Bosque Verde. Al asegurar que estaba convencido de que se trataba de la huella de un oso, todos se habían reído de él. El granjero Brown, de hecho, se había reído a carcajadas.

—¡Pero qué ocurrencia! —le dijo—. No ha habido un solo oso en el Bosque Verde desde hace muchísimos años; desde que mi abuelo era apenas un niño pequeño, y eso, como ya sabes, fue hace una eternidad. Si quieres encontrar al señor Oso, tendrás que ir al Gran Bosque. No sé qué habrá dejado esa marca en el lodo, pero desde luego no pudo haber sido un oso. Me parece que te lo imaginaste todo.

Luego se burló un poco más, lo cual demuestra lo fácil que es equivocarse y lo tonto que resulta reírse de las cosas que realmente no se conocen. El Oso Buster sí se había mudado a vivir al Bosque Verde, y el hijo del granjero Brown efectivamente había visto su huella. Sin embargo, como su padre se rió tanto y se burló tanto de él, al final el muchacho empezó a creer que, después de todo, debía de haberse equivocado. Por eso, cuando oyó a Blacky el Cuervo y a Sammy Arrendajo armando aquel gran alboroto cerca del límite del Bosque Verde, ni por un solo segundo pensó en el Oso Buster mientras se acercaba a investigar qué sucedía.

Cuando Blacky y Sammy lo vieron aproximarse, se adentraron un poco más en el Bosque Verde, chillando con un entusiasmo todavía mayor. Estaban seguros de que el muchacho los seguiría, y su plan era guiarlo justo hasta el lugar donde Sammy había avistado a Buster esa misma mañana. De esa forma, comprobarían por cuenta propia si era verdad lo que el pequeño Joe Nutria andaba diciendo: que el hijo del granjero Brown le tenía un miedo terrible al Oso Buster.

Mientras tanto, a todo su alrededor, escondidos detrás de los troncos y los matorrales, bajo las ramas gruesas e incluso en las copas de los árboles, se encontraban los demás lugareños. Todos vigilaban con los ojos de par en par, expectantes ante lo que pudiera ocurrir. Era emocionante, lo más emocionante que recordaban en toda su vida. Verás, se habían acostumbrado a creer que el hijo del granjero Brown no le temía a nada ni a nadie, y como la gran mayoría de ellos le tenía pánico al muchacho, les costaba trabajo imaginar que él pudiera asustarse, incluso frente a un

rival tan enorme y poderoso como el Oso Buster. Todos estaban tan absortos observando los pasos del hijo del granjero Brown que nadie se dio cuenta de que Buster venía caminando en dirección contraria.

Y es que Buster avanzaba con un sigilo absoluto. A pesar de su gran tamaño, el oso es capaz de andar sin hacer el más mínimo ruido. Así fue como sucedió que nadie lo vio ni lo escuchó llegar hasta que, justo cuando el hijo del granjero Brown rodeó un pequeño y tupido abeto, el Oso Buster apareció por el otro lado de ese mismo arbolito, ¡y se encontraron frente a frente!

A todos se les cortó la respiración por completo, incluidos Blacky el Cuervo y Sammy Arrendajo. Por un instante, el Bosque Verde quedó sumido en un silencio sepulcral, sin un solo murmullo. ¿Qué iba a pasar ahora?



Mapache común (***Procyon lotor***)[10]

XIV

SUCEDE ALGO SORPRENDENTE

Blacky el Cuervo y Sammy Arrendajo, observando desde lo alto de un árbol, contuvieron la respiración. Happy Jack la ardilla gris y su primo, Chatterer la ardilla roja, vigilando desde otra rama, contuvieron la respiración. El tío Billy Zarigüeya, asomando la cabeza por el hueco de un árbol, contuvo la respiración. El Bobby Mapache, mirando a través de un agujero en el tronco carcomido donde se escondía, contuvo la respiración. El zorro Reddy, tumbado boca abajo detrás de un montón de maleza, contuvo la respiración. Peter Conejo, sentado muy erguido bajo una frondosa rama de abeto, con los ojos y las orejas de par en par, también contuvo la respiración. Y todas las demás personitas que tuvieron la suerte de estar en un lugar con buena vista hicieron exactamente lo mismo.

Y es que ese fue el momento más emocionante que jamás se hubiera vivido en el Bosque Verde. El hijo del granjero Brown acababa de rodear un pequeño abeto y el oso Buster acababa de aparecer por el otro lado, sin que ninguno de los dos tuviera la menor idea de que el otro estaba cerca. Durante un minuto entero se quedaron allí plantados, frente a frente, mirándose fijamente a los ojos mientras todos observaban y esperaban; parecía como si el Bosque Verde entero hubiera detenido su curso.

Entonces sucedió algo. Sí, señor, sucedió algo inesperado. ¡El hijo del granjero Brown abrió la boca y pegó un tremendo alarido! Fue un grito tan repentino y tan fuerte que asustó a Chatterer a tal grado que por poco se cae del árbol, y provocó que Reddy Zorro se pusiera de pie de un salto, listo para salir huyendo. Y aquel grito era un grito de puro terror. No cabía la menor duda, porque junto con el alarido, el hijo del granjero Brown dio media vuelta y corrió hacia su casa como nadie lo había visto correr jamás. Corría de la misma forma en que lo hace Peter Conejo cuando necesita ponerse a salvo en el Viejo Matorral de Zarzas antes de que el zorro Reddy le eche las garras encima; es decir, a toda la velocidad que le daban las piernas. En una ocasión tropezó y se fue de bruces, pero se levantó en un abrir y cerrar de ojos y continuó su huida sin siquiera voltear la cabeza para ver si el Oso Buster lo venía persiguiendo. No había duda alguna: estaba asustado, profundamente asustado.

Todos los animales se inclinaron hacia adelante para verlo huir.

—¿Qué les dije? ¿Acaso no les aseguré que le tenía un miedo terrible al Oso Buster? —gritó el pequeño Joe Nutria, dando brincos de la pura emoción.

—¡Tenías toda la razón, pequeño Joe! Lamento haber dudado de ti. ¡Miren cómo corre! ¡Caw, caw, caw! —chilló Blacky el Cuervo.

Durante un par de minutos, todos se olvidaron por completo del Oso Buster por ver al muchacho. De repente, se escuchó un enorme estrépito que hizo que todos voltearan hacia el lado contrario.

¿Qué crees que vieron? ¡Pues que el Oso Buster también iba huyendo, y corría el doble de rápido que el hijo del granjero Brown! Se estrellaba contra las ramas de los árboles, se abría paso a la fuerza entre los arbustos espinosos y saltaba por encima de los troncos caídos; en un abrir y cerrar de ojos, se perdió de vista. Sin duda alguna, aquello fue lo más sorprendente que los pequeños habitantes del Bosque Verde hubieran presenciado en sus vidas.

Sammy Arrendajo miró a Blacky el Cuervo, Blacky miró a Chatterer, Chatterer miró a Happy Jack, Happy Jack miró a Peter Conejo, Peter miró al tío Billy Zarigüeya, el tío Billy miró al mapache Bobby, Bobby miró a Johnny Marmota, Johnny miró al zorro Reddy, Reddy miró a Jimmy la Mofeta, Jimmy miró a Billy Visón, Billy miró al pequeño Joe Nutria y, durante un minuto entero, nadie pudo pronunciar una sola palabra. Entonces, el pequeño Joe soltó un pequeño suspiro de lo más gracioso.

—¡Pero, pero...! —dijo—. ¡Me parece que el Oso Buster también está muerto de miedo!

El tío Billy Zarigüeya soltó una risita entre dientes.

—Creo que tienes razón otra vez, hermano Nutria —dijo—. Desde luego, todo indica que sí. Aunque si el hermano oso no tiene miedo, debe de ser que se acordó de un asunto muy importante y se marchó a toda prisa a encargarse de él.

Y entonces, todos los animales rompieron a reír a carcajadas.



Tortuga moteada **(*Clemmys guttata*)**[11]

XV

EL OSO BUSTER ES UN HÉROE CAÍDO

Un héroe caído es alguien a quien todos admiraban por considerarlo muy valiente y que, de repente, demuestra tener menos valor del que se suponía. Así mismito le pasó al Oso Buster. Cuando el pequeño Joe Nutria contó cómo el hijo del granjero Brown había huido asustado con solo ver una de sus grandes huellas, todos convirtieron a Buster en un héroe de inmediato. Al menos la gran mayoría lo hizo. Como esta era la primera vez en la historia que conocían a alguien viviendo en el Bosque Verde capaz de hacer poner pies en polvorosa al hijo del granjero Brown, sentían un respeto tremendo por Buster y estaban sumamente orgullosos de él.

Pero ahora habían visto al oso Buster y al muchacho encontrarse cara a cara; y si bien era muy cierto que el hijo del granjero Brown había salido corriendo tan rápido como le daban las piernas, también era una gran verdad que el oso Buster había hecho exactamente lo mismo. Es más, el oso había corrido incluso más rápido que el muchacho y se había ido a esconder en el rincón más solitario y tupido que pudo encontrar en lo más profundo del Bosque Verde. Era difícil de creer, pero real. Y de inmediato, todos perdieron gran parte del respeto que sentían por Buster. Siempre ocurre así. Empezaron a decir cosas desagradables a sus espaldas. Se las murmuraban entre ellos, y algunos incluso se atrevían a decirlas en voz alta cuando veían pasar a Buster, asegurándose de que él los escuchara.

Por supuesto, Blacky el Cuervo y Sammy Arrendajo, que gracias a sus alas no tenían nada que temer de Buster y que siempre disfrutaban de molestar a los demás, no perdían oportunidad de recordarle al oso y a todo el que quisiera oírlos lo que pensaban de él. Les encantaba sobrevolar el Bosque Verde hasta localizar al Oso Buster y, desde la total seguridad de las copas de los árboles, gritarle su cantaleta:

—El oso Buster es grande y robusto;
tiene garras largas y dientes de susto;
pero a pesar de toda su valentía,
huye y se esconde durante todo el día.

Una docena de veces al día, Buster tenía que aguantar que le gritaran aquello. Apretaba los dientes y los fulminaba con la mirada, pero eso era todo lo que podía hacer. No tenía forma de alcanzarlos allá arriba. Simplemente le tocaba aguantarse y tragarse el orgullo. Pero cuando el insolente de Chatterer, la ardilla roja, apareció y le chilló el mismo versito desde una rama fuera de su alcance en un gran pino, Buster ya no pudo contenerse más. Emitió un gruñido tan profundo y furioso que a Chatterer le entró un escalofrío por todo el cuerpo, y de la nada el oso empezó a trepar por el tronco directo hacia la ardilla.

Con un pequeño chillido de terror, Chatterer corrió hacia la copa del árbol. No tenía idea de que Buster supiera trepar. Pero resulta que Buster es un escalador espléndido, en especial cuando el

árbol es grande y robusto como ese pino, y ahora subía a toda velocidad tras ella, gruñendo con rabia.

¡Cómo deseaba Chatterer en ese momento haber mantenido la lengua quieta! Trepó hasta la punta del árbol, tan asustada que le castañeteaban los dientes, y cuando miró hacia abajo y vio la enorme boca de Buster acercándose más y más, por poco se desploma del puro susto. Lo peor de todo era que no había ningún otro árbol lo bastante cerca como para que pudiera dar un salto y escapar. ¡Esta vez sí que estaba en un verdadero aprieto, de verdad que lo estaba! Y no había nadie en todo el bosque que pudiera ir en su ayuda.



Ardilla roja americana (***Tamiasciurus hudsonicus***)[12]

XVI

CHATTERER LA ARDILLA ROJA SALTA POR SU VIDA

No es muy frecuente que Chatterer la ardilla roja sienta miedo. Esa es una de las razones por las que suele ser tan insolente y descarado Pero de vez en cuando, un gran temor se apodera de ella, como cuando sabe que Shadow la comadreja anda cerca buscándolo. Verás, sabe que Shadow puede ir a donde quiera. Son muy pocos los pequeños habitantes del Bosque Verde y de los Prados Verdes que no sientan miedo en algún momento, pero a Chatterer le ocurre tan raramente como a nadie, porque tiene mucha confianza en sí mismo y en su capacidad para esconderse o huir del peligro.

Pero ahora, mientras se aferraba a una pequeña rama cerca de la copa de un alto pino en el Bosque Verde y miraba hacia abajo, a los grandes y afilados dientes del Oso Buster que se acercaban cada vez más, y escuchaba los profundos y furiosos gruñidos que le erizaban el pelo, Chatterer estaba demasiado asustado para pensar. ¡Si tan solo hubiera mantenido la lengua quieta en lugar de decirle cosas odiosas al Oso Buster! ¡Si tan solo hubiera sabido que Buster podía trepar a un árbol! ¡Si tan solo hubiera elegido un árbol lo suficientemente cerca de otros árboles para poder saltar de uno a otro! Pero había dicho cosas odiosas, había elegido sentarse en un árbol que estaba completamente solo, ¡y el oso Buster sabía trepar! Chatterer estaba en el peor de los aprietos, y no había nadie a quien culpar sino a sí mismo. Eso suele sucederle a quienes se buscan sus propios problemas.

El oso Buster se acercaba cada vez más, y su voz sonaba cada vez más grave y airada. Chatterer dio un pequeño jadeo de terror y miró a un lado y a otro. ¿Qué debía hacer? ¿Qué podía hacer? El suelo parecía estar terriblemente lejos. ¡Si tan solo tuviera alas como Sammy Arrendajo! Pero no las tenía.

—¡Grrrr! —gruñó el Oso Buster—. ¡Te enseñaré modales! ¡Te enseñaré a tratar a tus superiores con respeto! ¡Te tragaré de un bocado, eso es lo que haré! ¡Grrrr!

— ¡Iiiic! ¡Iiiic! —chillo Chatterer.

—¡Grrr! ¡Te comeré hasta el último pelo de tu cola! —gruñó Buster, acercándose un poco más.

—¡Iiiic! ¡Iiiic! —gritó Chatterer, y salió corriendo hasta la punta de la delgada rama a la que se había estado aferrando.

Ahora bien, si Chatterer hubiera sabido que el oso Buster no podría alcanzarlo allá arriba porque la copa del árbol era demasiado pequeña para un animal tan grande como él, tal vez se habría quedado quieto. Pero Chatterer no pensó en eso. Le echó una última mirada asustada a esos grandes dientes, cerró los ojos y saltó; saltó directamente hacia el suelo, allá muy lejos.

Era una caída muy, muy larga, y ciertamente parecía que una criatura pequeña como Chatterer debía morir al caer. Pero Chatterer había aprendido de la 'Madre Naturaleza', quien le había dado ciertas cualidades para ayudarla en momentos como ese, y una de ellas era la habilidad de aplanarse por completo. Lo hizo ahora mismo. Extendió sus patas delanteras y traseras todo lo que pudo, y eso evitó que cayera tan rápido y tan fuerte como lo habría hecho de otra manera, porque al estar tan estirado, el aire lo sostenía un poco. Y luego estaba su cola, esa pequeña y graciosa cola que tanto le encanta sacudir cuando regaña a los demás. Esto también le ayudaba, pues le servía para mantener el equilibrio y no dar volteretas en el aire.

Cayó, cayó, cayó y aterrizó de pie. Claro que el golpe contra el suelo fue bastante fuerte, y por un instante se quedó sin aliento. Pero solo fue un instante, y de inmediato salió corriendo a toda velocidad como la ardilla asustada que era. El Oso Buster la observó desde el árbol y esbozó una sonrisa.

—No lo atrapé esta vez —gruñó—, pero supongo que le di un buen susto y le enseñé una buena lección.

XVII

EL OSO BUSTER VA A RECOLECTAR BAYAS

El oso Buster tiene la maña de hablar consigo mismo cuando cree que no hay nadie cerca para oírlo. Es una costumbre. Sin embargo, no es un mal hábito a menos que se lleve al extremo. Cualquier costumbre se vuelve mala si se lleva demasiado lejos. Supongamos que tienes un secreto, un secreto de verdad, algo que nadie más sabe y que no quieres que nadie descubra. Y supongamos que tienes la costumbre de hablar contigo mismo en voz alta. Podrías, sin pensarlo, revelar ese secreto y alguien podría, por pura casualidad, escucharte. En ese instante, el secreto dejaría de existir. Así es como un hábito que no es malo en sí mismo puede volverse perjudicial cuando se exagera.

El oso Buster había vivido solo en el Gran Bosque durante tanto tiempo que su costumbre de hablar consigo mismo se le había quedado muy arraigada. Lo hacía simplemente para no sentirse solo. Claro que, cuando bajó a vivir al Bosque Verde, trajo consigo todas sus viejas costumbres. Eso es lo que pasa con los hábitos: siempre te acompañan a dondequiera que vayas. Así fue como Buster se llevó al Bosque Verde su manía de hablar solo, a pesar de que allí tenía muchísimos más vecinos que en el Gran Bosque.

—Déjame ver, déjame ver... ¿qué hay por aquí para tentar mi apetito? —decía Buster con su voz profunda y ronca—. Noto que mi apetito no está como debería. Necesito un cambio. Sí, señor, necesito un cambio. ¡Qué ganas tengo de comer fruta fresca en esta época del año! ¡Y no tengo ninguna! Hay algo que solía comer y que ahora me falta. ¡Ah, ya sé! Necesito fruta fresca. ¡Eso es! ¡Fruta fresca! Debe de ser la temporada de las bayas y lo había olvidado por completo. ¡Ay, ay, ay, qué ricas estarían unas buenas bayas! Si estuviera de nuevo allá arriba, en el Gran Bosque, podría comer todas las que quisiera. ¡Mmm! Se me hace agua la boca solo de pensarlo. Debería de haber algunas en el Viejo Pastizal. Debería de haber bastantes allí arriba. Si no tuviera miedo de que alguien me viera, iría de inmediato.

Buster suspiró. Luego volvió a suspirar. Cuanto más pensaba en aquellas bayas que estaba seguro de que crecían en el Viejo Pastizal, más se le antojaban. Le parecía que nunca en toda su vida había deseado tanto comer fruta. Se paseaba de un lado a otro con inquietud. Tenía hambre, un hambre voraz de bayas y nada más. Al cabo de un rato, volvió a hablar para sus adentros:

—Si no tuviera miedo de que me descubrieran, iría al Viejo Pastizal ahora mismo. Me parece que ya casi puedo saborear esas bayas. —Se lamió los labios con avidez mientras hablaba, y de pronto su rostro se iluminó—. ¡Ya sé lo que haré! Iré allí mañana al amanecer. Podré comer todo lo que quiera y estaré de regreso en el Bosque Verde antes de que el hijo del granjero Brown, o cualquier otra persona a la que temo, me vea. Eso es exactamente lo que haré. ¡Ay, cómo desearía que fuera mañana por la mañana!

Ahora bien, aunque Buster no tenía la menor idea, alguien lo había estado escuchando atentamente, y ese alguien no era otro que Sammy Arrendajo. Cuando finalmente Buster se acostó a dormir una siesta, Sammy se fue volando de lo más contento, riéndose para sus adentros. «Me parece que mañana por la mañana haré una visita al Viejo Pastizal», pensó. «Tengo el presentimiento de que algo muy interesante podría ocurrir si Buster no cambia de opinión».

Sammy madrugó muchísimo al día siguiente. Los primeros rayitos de sol apenas rozaban los Prados Verdes y aún no habían comenzado a filtrarse en el Bosque Verde, cuando vio una silueta grande y oscura salir sigilosamente de la espesura, justo donde el bosque se une con el Viejo Pastizal. Se movía con rapidez y en absoluto silencio, como si llevara mucha prisa. Sammy supo de inmediato quién era: era el Oso Buster, y se dirigía a recoger bayas. Sammy esperó unos momentos hasta que la luz le permitió ver mejor y luego él también emprendió el vuelo hacia el Viejo Pastizal.

XVIII

ALGUIEN MÁS VA A RECOGER BAYAS

¿No es curioso cómo dos personas suelen pensar en lo mismo al mismo tiempo, sin que ninguna sepa que la otra también lo está planeando? Eso fue precisamente lo que ocurrió el día en que al Oso Buster se le ocurrió ir a buscar bayas. Mientras caminaba por el Bosque Verde, hablando consigo mismo sobre las ganas que tenía de comer fruta y lo seguro que estaba de que encontraría bastante en el Viejo Pastizal, alguien más también estaba pensando en las bayas y en el Viejo Pastizal.

—¿Me harás un pay de bayas si te las traigo mañana? —le preguntó el hijo del granjero Brown a su madre.

Por supuesto, la señora Brown le prometió que lo haría, y esa noche el muchacho se acostó muy temprano para poder madrugar. Toda la noche soñó con bayas y con pays de bayas. Estaba despierto incluso antes de que el alegre, redondo y rojo señor Sol pensara que ya era hora de levantarse, y ya estaba listo para partir hacia el Viejo Pastizal en cuanto los primeros rayitos de sol comenzaron a bailar sobre los Prados Verdes. Llevaba un gran balde de hojalata y, en el fondo, envuelto en un trozo de papel, llevaba su almuerzo, pues pensaba quedarse allí hasta llenar el recipiente, aunque le tomara todo el día.

Ahora bien, el Viejo Pastizal es enorme. Se encuentra al pie de la Gran Montaña, e incluso se extiende un poco hacia arriba de sus laderas. Hay espacio de sobra para que mucha gente recolecte bayas todo el día sin siquiera cruzarse, a menos que caminen demasiado de un lado a otro. Verás, los arbustos crecen muy tupidos allí, y no se puede ver muy lejos en ninguna dirección. El alegre, redondo y rojo señor Sol ya había subido un poco en el cielo cuando el hijo del granjero Brown llegó al Viejo Pastizal; el sol le sonreía a todo el ancho mundo, y el ancho mundo parecía devolverle la sonrisa. El muchacho comenzó a silbar, pero de inmediato se contuvo.

—Si silbo —pensó—, todos los animales sabrán dónde estoy y se esconderán fuera de mi vista, y nunca podré verlos si se la pasan ocultándose.

Verás, el hijo del granjero Brown apenas empezaba a comprender algo que Peter Conejo y los demás pequeños habitantes de los Prados Verdes y del Bosque Verde habían aprendido casi desde el momento en que aprendieron a caminar: que si no quieres que te descubran, no debes hacer ruido. Así que no silbó, a pesar de que tenía muchas ganas de hacerlo, y procuró no causar el menor alboroto mientras seguía un viejo sendero de vacas hacia un lugar donde sabía que las bayas crecían en abundancia y, ¡oh, tan grandes! Todo el tiempo mantuvo los ojos y los oídos bien abiertos.

Gracias a eso, alcanzó a escuchar un pequeño chillido, un lamento muy tenue. Si hubiera ido silbando, no lo habría oído en absoluto. Se detuvo en seco para escuchar. Jamás había oído un lamento igual. Al principio no lograba distinguir qué era ni de dónde venía. Pero de una cosa estaba seguro: era un grito de puro terror. Se quedó completamente inmóvil y aguzó el oído con todas sus fuerzas. Ahí estaba de nuevo: «¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Auxilio!». Era una voz muy débil y sonaba terriblemente asustada. Esperó un minuto o dos, pero no escuchó nada más. Entonces dejó su balde en el suelo y comenzó a buscar apresuradamente aquí, allá y por todas partes. Estaba convencido de que el sonido venía de algún lugar a ras de suelo, así que miró detrás de los arbustos, de los troncos y de las piedras. Entonces, justo cuando estaba a punto de perder la esperanza de hallar el origen de los gritos, dobló una pequeña curva en el viejo sendero de vacas y, justo delante de él, se topó con el pequeño señor Culebra de Jarretera. ¿Y qué creen que estaba haciendo? Bueno, no me gusta mucho contarlo, pero estaba intentando tragarse vivo a uno de los hijos de Dedos Pegajosos, la ranita de árbol.

Por supuesto, el hijo del granjero Brown no se lo permitió. Obligó al pequeño Señor Serpiente de Liga a liberar al hijo de Dedos Pegajosos, y lo retuvo ahí mismo hasta que la ranita estuvo a salvo y fuera de su alcance.



Culebra de liga oriental (***Thamnophis sirtalis sirtalis***)[13]

XIX

EL OSO BUSTER SE LO PASA DE MARAVILLA

El Oso Buster se lo estaba pasando de maravilla desde el día en que bajó del Gran Bosque para instalarse en el Bosque Verde. Claro que en este preciso momento no se encontraba dentro del Bosque Verde, pero tampoco andaba lejos. Estaba en el Viejo Pastizal, justo donde sus límites se cruzan. ¿Y en qué parte del Viejo Pastizal te imaginas que estaba? ¡Pues ni más ni menos que en medio del campo de arándanos más grande que hubiera visto en toda su vida! Si hay algo que al Oso Buster le fascina por encima de todas las cosas son las bayas (a menos, claro, que se trate de la miel). Para Buster, no hay nada en el mundo que se compare con la miel; pero después de ella, lo mejor que le pueden ofrecer son las bayas. No le importa la variedad: frambuesas, moras o arándanos, cualquiera de ellas lo hace inmensamente feliz.

—Mmm, mmm, vaya, vaya... ¡pero qué delicia! —murmuraba con su voz profunda y ronca mientras se sentaba sobre sus cuartos traseros, arrancando la fruta con avidez.

Sus ojitos brillaban de puro gusto y no le importaba en lo absoluto si de vez en cuando se le colaban hojas o algunas bayas verdes en la boca junto con los frutos grandes y maduros. No se molestaba en apartarlas, ¡oh, claro que no! Simplemente se lo tragaba todo junto y se daba palmaditas en la barriga de pura felicidad.

Buster había llegado al Viejo Pastizal justo cuando el alegre, redondo y rojo señor Sol se venía levantando de su cama, y tenía la firme intención de regresar al Bosque Verde antes de que el astro rey subiera demasiado en el cielo azul. Verás, a pesar de su gran tamaño y colosal fuerza, el Oso Buster es sumamente tímido y retraído; no tiene el menor deseo de cruzarse con el granjero Brown, ni con el hijo del granjero Brown, ni con ninguna otra de esas criaturas de dos piernas llamadas hombres. Parece un chiste, pero en realidad les tiene un miedo terrible. Y presentía que era mucho más probable toparse con uno de ellos en el Viejo Pastizal que en la espesura del Bosque Verde.

Así que, cuando empezó a atiborrarse de fruta, se propuso comer todo lo que pudiera a toda prisa para volver al bosque antes de que el hijo del granjero Brown se levantara siquiera de la cama. Pero cuando descubrió semejante cantidad de arándanos, le dio tanta hambre que se olvidó por completo de sus temores y de todo lo demás. Tenían un sabor tan exquisito que no pudo parar de comer y comer. Como ya sabes, Buster es un animal enorme y se necesita una cantidad inmensa de comida para saciarlo. Siguió engullendo y engullendo, y cuanto más comía, más se le antojaba. Ya sabes cómo funciona eso. Así que fue pasando de un matorral a otro por todo el Viejo Pastizal, sin fijarse ni por un segundo en la hora. A decir verdad, el tiempo es lo más difícil de recordar en el mundo cuando uno se lo está pasando en grande.

Mientras tanto, el alegre, redondo y rojo señor Sol ascendía cada vez más alto en el cielo azul. Contemplaba desde las alturas al ancho mundo y veía todo lo que sucedía en él. Vio al Oso Buster

en el Viejo Pastizal y sonrió al notar lo gloriosamente bien que se lo estaba pasando. Pero también distinguió otra cosa en el pastizal que hizo que su sonrisa se ensanchara todavía más: vio al hijo del granjero Brown llenando un gran balde de hojalata con arándanos. El sol sabía que el muchacho no tenía idea de que el Oso Buster andaba por ahí, y sabía que Buster tampoco sospechaba que el hijo del granjero Brown andaba cerca; por lo que estaba completamente seguro de que presenciaría una escena de lo más divertida si por casualidad sus caminos se cruzaban.

—Mmm, mmm —gruñó el Oso Buster con el hocico lleno, abriéndose paso hacia otro grupo de arbustos.

De repente, dio un pequeño respingo de sorpresa y alegría. ¡Justo enfrente de él se encontraba un objeto brillante repleto de los arándanos más finos, grandes y azules que pudiera imaginar! No contenía ni una sola hoja ni una baya verde. Buster parpadeó rápidamente con sus ojitos codiciosos y volvió a mirar. No, no estaba soñando. Eran bayas de verdad, y lo único que tenía que hacer era servirse él mismo.

Buster se quedó mirando fijamente el balde reluciente que guardaba los frutos. Parecía un objeto completamente inofensivo. Extendió una de sus grandes patas y le dio un suave empujón. El recipiente se volcó de lado y una cascada de arándanos rodó por el suelo. Sí, era del todo inofensivo. Buster suspiró embargado de una felicidad pura. Decidió que se comería todas aquellas bayas y que, justo después, emprendería el regreso a su hogar en el Bosque Verde.

XX

EL OSO BUSTER SE LLEVA EL BALDE DEL HIJO DEL GRANJERO BROWN

La pregunta es la siguiente: ¿robó el oso Buster el balde del hijo del granjero Brown? Robar significa tomar algo que le pertenece a otra persona. No cabe la menor duda de que robó las bayas que estaban dentro del balde cuando lo encontró, pues se las comió a sabiendas. Sabía perfectamente que alguien las había recolectado; a fin de cuentas, ¿quién ha oído hablar de arándanos que crezcan dentro de un balde de hojalata? Así que, cuando Buster se las apropió, indiscutiblemente las robó. Pero con el balde la historia fue muy diferente. Se llevó el recipiente, sí, pero no tenía la menor intención de hacerlo. De hecho, no quería ese balde para nada.

Verás, las cosas sucedieron así: cuando Buster encontró aquel gran balde de hojalata rebosante de deliciosas bayas a la sombra de un frondoso arbusto en el Viejo Pastizal, no se detuvo a pensar si tenía derecho a ellas o no. A Buster le fascinan tanto las bayas que, desde el mismo instante en que sus ojitos codiciosos avistaron el balde, se olvidó de todo excepto del festín que tenía justo delante de las narices. No se puso a reflexionar si estaba bien o mal servirse él mismo. Allí, frente a él, había más arándanos de los que jamás había visto juntos en toda su vida, y lo único que tenía que hacer era comer, comer y comer. Y eso fue exactamente lo que hizo. Claro que volcó el balde de lado, pero a él no le importó un pequeño percance como ese. Cuando hubo engullido todas las bayas que rodaron por el suelo, metió el hocico hasta el fondo del balde para alcanzar las que quedaban.

En ese preciso instante, escuchó un leve ruido, como si alguien se estuviera acercando. Levantó la cabeza para aguzar el oído y, de alguna manera —nunca supo cómo—, el asa del balde se le resbaló por encima de las orejas y se le quedó atorada.

Esto ya era bastante malo, pero para colmo de males, justo en ese mismo segundo oyó una voz chillona y furiosa que le gritaba: «¡Oye! ¡Sal de ahí!». No hacía falta que le dijeran a quién le pertenecía. Era la voz del hijo del granjero Brown. En ese instante, al Oso Buster casi le da un vuelco el corazón del puro susto. Tenía ese horrible balde bien encajado en la cabeza, de modo que no podía ver absolutamente nada. Por supuesto, eso significaba que no podía salir huyendo, que era lo que más deseaba en el mundo, pues a pesar de su gran tamaño y fuerza, Buster es sumamente tímido y asustadizo cuando hay humanos cerca. Comenzó a gruñir, a gemir y a chillar. Intentó zafarse del balde y no pudo. Intentó sacudírselo y tampoco pudo. Intentó quitárselo con las garras, pero por alguna razón no lograba sujetarlo.

Luego se escuchó otro grito. Si Buster no hubiera estado tan aterrorizado, habría reconocido ese segundo grito como un alarido de espanto, porque eso era exactamente. Verás, el hijo del granjero Brown acababa de descubrir que se trataba del oso Buster. Cuando gritó la primera vez, se había imaginado que era uno de los terneros que se pasaban todo el verano pastando en el Viejo Pastizal; pero en cuanto vio a Buster, se asustó tanto como el propio oso. De hecho, el

muchacho estaba tan sorprendido y desconcertado que ni siquiera pudo correr. Después de ese segundo grito, se quedó completamente paralizado, mirando fijamente.

Buster arañó aquella cosa horrible que le cubría la cabeza con más frenesí que nunca. De repente, el balde se deslizó hacia abajo, permitiéndole ver. Le lanzó una mirada de pánico al hijo del granjero Brown y, soltando un poderoso bufido, salió disparado hacia el Bosque Verde tan rápido como le dieron las patas, y vaya que corría rápido, te lo aseguro. No se detuvo a buscar un sendero, sino que se abrió paso entre los matorrales derribando todo a su paso como si no fuera nada.

Pero lo más gracioso de todo esto es lo siguiente: ¡se llevó el balde! Sí, señor, ¡el Oso Buster se escapó con el gran balde de hojalata del hijo del granjero Brown! Verás, cuando el objeto se le resbaló de la cabeza, el asa se le quedó enganchada alrededor del cuello, ¡así que ahí iba él, corriendo a toda velocidad con un balde colgando del pescuezo! No lo quería para nada; habría dado lo que fuera por deshacerse de él. Pero se lo llevó simplemente porque no pudo evitarlo. Y eso nos devuelve a la pregunta del inicio: ¿robó el Oso Buster el balde del hijo del granjero Brown? ¿Tú qué piensas?

XXI

SAMMY ARRENDAJO EMPEORA LAS COSAS PARA EL OSO BUSTER

—¡Ladrón, ladrón, ladrón! ¡Ladrón, ladrón, ladrón! —gritaba Sammy Arrendajo a todo pulmón mientras perseguía al Oso Buster desde el Viejo Pastizal hacia el Bosque Verde. Jamás había chillado tan fuerte, ni su voz había sonado con tanta agitación. Los pequeños habitantes del Bosque Verde, los Prados Verdes y el Estanque Sonriente están tan acostumbrados a oír a Sammy gritar «¡Ladrón!» que normalmente no le prestan la menor atención. Pero todos los afortunados que escucharon a Sammy esta mañana interrumpieron lo que estaban haciendo y aguzaron el oído.

El primo de Sammy, Blacky el Cuervo, volaba justo por el límite del Viejo Pastizal y, en cuanto oyó los gritos, dio media vuelta y voló a toda prisa hacia allá para investigar. En cuanto divisó al Oso Buster corriendo hacia el Bosque Verde a toda velocidad, comprendió de inmediato qué era lo que tenía tan emocionado a Sammy. Blacky se quedó tan pasmado que por poco se le olvida batir las alas. ¡El Oso Buster llevaba colgado del cuello lo que a todas luces parecía un balde de hojalata! Con razón Sammy estaba tan alterado. Blacky aleteó con furia y salió volando detrás de su primo.

Y así llegaron al límite del Bosque Verde: el Oso Buster corriendo a más no poder, Sammy Arrendajo volando justo detrás de él y gritando «¡Ladrón, ladrón, ladrón!» a pleno pulmón, y detrás de ellos Blacky el Cuervo, haciendo lo posible por alcanzarlos y graznando con todas sus fuerzas: «¡Caw, caw, caw! ¡Vengan todos! ¡Vengan! ¡Vengan!».

¡Pobre Buster! Ya había sido bastante malo el susto que se había llevado en el Viejo Pastizal cuando el balde se le encajó en la cabeza justo en el momento en que el hijo del granjero Brown le gritaba. Que el asa del recipiente se le resbalara por el pescuezo, impidiéndole quitárselo de encima y obligándolo a llevárselo a cuestas mientras huía, empeoraba la situación por completo. Pero que todos sus vecinos del Bosque Verde lo vieran en semejante aprieto y se burlaran de él era más de lo que podía soportar. Se sentía profundamente humillado; es decir, muerto de la vergüenza ante sus vecinos. Lo que más deseaba era perderse de vista, quedarse a solas en un rincón donde nadie pudiera contemplar sus esfuerzos por deshacerse de ese horrible objeto de metal.

Sin embargo, Buster era tan enorme que no le resultaba nada fácil encontrar un escondite. Así que, al adentrarse en el Bosque Verde, se dirigió directo a la zona más profunda, oscura y solitaria, y se arrastró bajo el abeto más espeso que pudo hallar.

Pero todo fue en vano. Los agudos ojos de Sammy Arrendajo y de Blacky el Cuervo no le perdieron el rastro. De hecho, se posaron en el mismísimo árbol bajo el cual se ocultaba, ¡y vaya que armaron un escándalo! Muy pronto, el Viejo Señor Buitre descendió desde el cielo azul y se acomodó en un árbol seco muy conveniente, desde donde podía observar todo a la perfección;

al Viejo Señor Buitre se le dibujó una sonrisa en la cara en cuanto vio el balde de hojalata rodeando el cuello de Buster.

Luego empezaron a llegar los demás: Cola Roja el Halcón, Scrapper el tirano oriental, Ala Roja el tordo, Drummer el pájaro carpintero, Welcome el petirrojo, Tommy Tit Carbonero, Jenny Chivirín, el vireo Ojo Rojo y muchos más. Venían desde el Viejo Huerto, desde los Prados Verdes e incluso desde las orillas del Estanque Sonriente, pues las voces de Sammy Jay y Blacky el Cuervo se escuchaban a kilómetros de distancia y, al oírlas, todos acudían a toda prisa, seguros de que algo sumamente emocionante estaba ocurriendo.

En ese momento, Buster escuchó unos pasos ligeros y, al asomarse, distinguió a Billy Visón, Peter Conejo, Jumper la Liebre, Porky puercoespín, Reddy Zorro y Jimmy la Mofeta. Incluso el tímido ratoncito Pie Blanco se las arregló para acomodarse en un sitio desde donde mirar sin ser visto. Por supuesto, Chatterer la ardilla roja y Happy Jack la ardilla gris tampoco se lo perdieron. Todos se sentaron formando un gran círculo a su alrededor, cada uno en un lugar donde se sintiera seguro pero que le permitiera una buena vista, y todos ellos se reían y se mofaban de Buster.

—¡Ladrón, ladrón, ladrón! —siguió gritando Sammy Arrendajo hasta que le dolió la garganta.

Lo peor de todo para Buster era saber que todo el mundo estaba enterado de que los gritos eran ciertos. Ese horrible balde que llevaba al cuello era la prueba innegable.

—Ojalá nunca se me hubiera ocurrido ir a buscar bayas —gruñó Buster para sus adentros.



Cachorro de zorro rojo (***Vulpes vulpes***)[14]

XXII

EL OSO BUSTER TIENE UN ATAQUE DE IRA

El mal genio es algo muy perjudicial.
Cuando se pierde el control
No hay nada en el mundo igual
para arruinar un día de sol.

El Oso Buster estaba de muy mal humor. Sí, señor; Buster estaba teniendo el peor ataque de ira que jamás se hubiera visto en el Bosque Verde. Y lo peor de todo era que todos sus vecinos del Bosque Verde y muchos de los Prados Verdes y del Estanque Sonriente se encontraban allí para presenciarlo. Ya es bastante malo dejarse llevar por el enojo cuando uno está a solas y no hay nadie mirando, pero cuando uno permite que la rabia lo domine por completo frente a los demás, ¡válgame el cielo!, sin duda alguna es un espectáculo de lo más lamentable.

Normalmente, Buster es una de las criaturas más bondadosas del mundo. Se necesita demasiado para hacerlo enojar. No es ni una décima parte de irascible como lo son Chatterer la ardilla roja, Sammy Arrendajo o el zorro Reddy. Pero cuando se enoja de verdad y pierde los estribos, ¡más vale tener cuidado! A Buster le pareció que ya había soportado suficiente por ese día, y un poco más. Primero, el susto en el Viejo Pastizal. Luego, el balde que se le resbaló detrás de las orejas y se le quedó atascado, obligándolo a correr hasta el Bosque Verde con el armatoste colgando del cuello. Esto ya era bastante malo, porque sabía lo ridículo que debía de verse y, además, era sumamente incómodo. Pero que Sammy Arrendajo llamara a todo el vecindario para que viniera a contemplarlo era más de lo que podía tolerar. A Buster le parecía que todos los habitantes del Bosque Verde, de los Prados Verdes o de los alrededores del Estanque Sonriente estaban sentados en círculo alrededor de su escondite, burlándose y riéndose de él. Era más de lo que cualquier oso con un mínimo de dignidad podía soportar.

Con un rugido de pura furia, el Oso Buster salió disparado de su escondite. ¡Corrió enloquecido de un lado a otro! ¡Rugió con todas sus fuerzas! Daba terror verlo. Los que podían volar, emprendieron el vuelo de inmediato. Los que podían trepar, subieron a los árboles a toda prisa. Y los que eran veloces, salieron corriendo. Unos cuantos que no sabían volar, ni trepar, ni correr rápido, se encogieron en sus escondites y se quedaron temblando de miedo ante la sola posibilidad de que Buster los encontrara. En menos tiempo del que se toma contarlo, Buster se quedó completamente solo. Al menos, ya no alcanzaba a ver a nadie a la redonda.

Entonces desahogó toda su furia contra el balde de hojalata. Lo golpeó y tiró de él, gruñendo con rabia a cada momento. Se tumbó de espaldas en el suelo y lo arañó con sus patas traseras. ¡Hasta que por fin el asa se rompió y quedó libre! Se sacudió de arriba abajo y luego se abalanzó sobre el indefenso balde. Con un zarpazo de su enorme pata lo estrelló contra un árbol. Intentó morderlo y después volvió a patearlo de un lado a otro hasta que el metal quedó completamente aplastado; nadie habría podido adivinar jamás que aquello alguna vez había sido un balde.

Solo entonces, y ni un momento antes, Buster recuperó su habitual buen humor. Poco a poco, mientras reflexionaba sobre lo sucedido, una expresión de profunda vergüenza apareció en su rostro.

—Bueno... supongo que no fue culpa de ese objeto. Debí haber tenido más sensatez para no meterme en este lío —dijo despacio y pensativo.

—No has recibido más de lo que te mereces por robarle las bayas al hijo del granjero Brown —sentenció Sammy Arrendajo, que ya había regresado y lo observaba desde lo alto de una rama. Ya deberías saber que andar robando no trae nada bueno.

El Oso Buster levantó la vista y sonrió, con un brillo muy especial en los ojos.

—Tú deberías saberlo mejor que nadie, Sammy Arrendajo —dijo—. Espero que lo recuerdes siempre.

—¡Ladrón, ladrón, ladrón! —gritó Sammy de vuelta, y se marchó volando a toda prisa.

XXIII

EL HIJO DEL GRANJERO BROWN ALMUERZA BAYAS

Cuando las cosas salgan mal a pesar de ti,
lo mejor que puedes hacer es sonreír;
sonreír de corazón y decir con alegría:
«¡Menos mal que no fue peor este día!».

Eso fue exactamente lo que dijo el hijo del granjero Brown cuando descubrió que el Oso Buster se había comido las bayas que tanto trabajo le había costado recolectar y que, para colmo, se había escapado con su balde. Verás, el hijo del granjero Brown estaba aprendiendo a ser una especie de filósofo; una de esas personas que aceptan los malos tragos con buen humor y de inmediato le ven el lado positivo a las cosas.

Cuando al principio escuchó un ruido entre los arbustos donde había ocultado su balde de bayas, estaba completamente seguro de que se trataba de alguna de las vacas o los terneros que se pasaban el verano pastando en el Viejo Pastizal. Temía que, por descuido, fueran a volcar el recipiente y a desparramar los frutos, así que se apresuró a ahuyentar a quienquiera que fuese. Ni por un segundo se le pasó por la mente que pudiera ser un animal silvestre dándose un banquete con sus arándanos.

Pero cuando gritó y el Oso Buster apareció de repente, forcejeando desesperadamente por liberarse del balde que se le había quedado encajado en la cabeza, el muchacho se quedó demasiado pasmado como para moverse. Luego, al ver a Buster alejarse a toda velocidad entre la maleza, todavía más asustado que él, recuperó el valor de inmediato.

—Si él me tiene tanto miedo, supongo que yo no tengo por qué temerte a él —razonó el muchacho—. He perdido mis bayas, es cierto, pero valió la pena con tal de descubrir que me tiene miedo. Hay muchísimas más en los matorrales, y lo único que debo hacer es ponerme a recogerlas. Podría haber sido peor.

Se acercó al sitio donde había dejado sus cosas y en ese momento recordó que, al salir huyendo, Buster se había llevado el balde colgado del pescuezo. El muchacho soltó un silbido; un pequeño silbido cómico de resignación al darse cuenta de que, aunque recolectara más bayas, no tenía dónde ponerlas.

—Vaya, es peor de lo que pensaba —exclamó—. Ese oso me ha robado el pay de bayas que mi madre me había prometido.

Sin embargo, de inmediato soltó una carcajada al imaginarse lo ridículo que debía de verse el Oso Buster corriendo con el balde alrededor del cuello. Y luego, porque de verdad estaba aprendiendo a ser un filósofo, repitió una vez más:

—Podría haber sido peor. Sí, de hecho, podría haber sido mucho peor. Ese oso bien pudo haber intentado comerme a mí en lugar de a las bayas. Supongo que iré a comerme el almuerzo que dejé junto al manantial y luego me regresaré a casa. Ya vendré a recolectar fruta otro día.

Riendo alegremente por el tremendo susto que se había llevado el Oso Buster, el hijo del granjero Brown regresó al manantial donde había dejado dos sándwiches grandes y gruesos sobre una piedra plana antes de ponerse a recoger las bayas.

—Vaya que esos sándwiches me van a saber a gloria —pensó—. Menos mal que los preparé grandes y bien servidos. Jamás en la vida había tenido tanta hambre. -¡Caramba!-

Exclamó esto último en voz alta, pues acababa de divisar la piedra plana donde debían estar los sándwiches, ¡y la superficie estaba completamente vacía! No, señor; no quedaba ni una sola migaja de esos dos sándwiches gruesos. Verás, resulta que Old Man Coyote se los había encontrado y se los había devorado por completo mientras el hijo del granjero Brown estaba ausente.

Pero el muchacho no sabía nada de las andanzas de Old Man Coyote. Se frotó los ojos y miró por todas partes, incluso hacia las copas de los árboles, como si pensara que los sándwiches pudieran estar colgados de alguna rama. Habían desaparecido por completo, como si jamás hubieran existido, y el viejo Coyote se había asegurado de no dejar el menor rastro de su visita. El hijo del granjero Brown se quedó mirando a un lado y a otro con la boca abierta. Entonces, en lugar de enfurecerse, una lenta sonrisa se dibujó en su rostro pecoso.

—Supongo que alguien más también tenía un hambre feroz —murmuró—. ¿Quién habrá sido? Me parece que este Viejo Pastizal no es lugar para mí el día de hoy. Me atiborraré de bayas directo de los arbustos y luego me iré a casa.

Así fue como el hijo del granjero Brown se almorzó los arándanos directo de las ramas y luego, sintiéndose un tanto avergonzado, emprendió el camino de regreso a casa para contar todas las cosas tan extrañas que le habían sucedido en el Viejo Pastizal. Dos o tres veces, mientras caminaba penosamente, se detuvo a rascarse la cabeza con aire pensativo.

—Me parece —concluyó finalmente— que no soy tan listo como me imaginaba, y que todavía me queda muchísimo por aprender.

Aquí terminan las aventuras de Buster el Oso en este libro porque... ¿a que no adivinan por qué? Porque el Viejo Señor Sapo insiste en que ya es hora de que escriba un libro sobre sus propias aventuras, y como el Viejo Señor Sapo es un amigo tan entrañable para todos nosotros, he decidido complacerlo.

FIN

CRÉDITOS DE LAS FOTOGRAFÍAS

[1] Fuhrmann, T. (2019). *American black bear (Ursus americanus) - Jasper National Park 08* [Fotografía]. Wikimedia Commons. https://commons.wikimedia.org/wiki/File:American_black_bear_(Ursus_americanus)_-_Jasper_National_Park_08.jpg. Licencia CC BY-SA 4.0.

[2] U.S. Fish and Wildlife Service. (s.f.). ***North American river otter at Pelican Island National Wildlife Refuge*** [Fotografía]. Wikimedia Commons. wikimedia.org

[3] Uszak, W. (2011). *Norka amerykańska (Neogale vison)* [Fotografía]. Wikimedia Commons. wikimedia.org. Licencia CC BY-SA 3.0.

[4] Howe, C. D. (2004). *North American bullfrog (Lithobates catesbeianus)* [Fotografía]. Wikimedia Commons. https://commons.wikimedia.org/wiki/File:North-American-bullfrog1.jpg. Licencia CC BY-SA 2.5.

[5] Hillebrand, S. / U.S. Fish and Wildlife Service. (s.f.). *Weasel short-tailed mammal (Mustela erminea)* [Fotografía]. Wikimedia Commons. https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Weasel_short_tailed_mammal_mustela_erminea.jpg. En dominio público.

[6] Rasberry, G. (2013). *Eastern Cottontail (Sylvilagus floridanus)* [Fotografía]. Wikimedia Commons. wikimedia.org. En dominio público.

[7] Cephas. (2020). *American Crow (Corvus brachyrhynchos)* [Fotografía]. Wikimedia Commons. https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Corvus_brachyrhynchos_UL_02.jpg. Licencia CC BY-SA 4.0.

[8] Let's Live a Life. (2022). *Blue jay with a peanut* [Fotografía]. Unsplash. https://unsplash.com/photos/a-blue-bird-with-a-piece-of-food-in-its-mouth-NCuKFn5ohOY. Licencia Unsplash.

[9] Iri_sha / Pixabay. (s.f.). *Muskrat eating grass on river* [Fotografía]. Pixabay. pixabay.com. Licencia Pixabay.

[10] Bardot, C. (2021). *Raton laveur commun (Procyon lotor)* [Fotografía]. Wikimedia Commons. https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Raton_laveur_commun_(Procyon_lotor).jpg. Licencia CC BY-SA 4.0.

[11] Stolz, G. M. / U.S. Fish and Wildlife Service. (s.f.). *Spotted Turtle (Clemmys guttata)* [Fotografía]. Wikimedia Commons. wikimedia.org. En dominio público.

[12] National Park Service. (s.f.). *American red squirrel (Tamiasciurus hudsonicus) in Yellowstone National Park* [Fotografía]. Wikimedia Commons. wikimedia.org. En dominio público.

[13] Hodnett, R. (2015). *Eastern Garter Snake (Thamnophis sirtalis sirtalis) - London, Ontario* [Fotografía]. Wikimedia Commons. https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Eastern_Garter_Snake_(Thamnophis_sirtalis_sirtalis)_-_London,*Ontario_2015-04-19*(01).jpg. Licencia CC BY-SA 4.0.

[14] Redwood, J. (s.f.). *Juvenile Red Fox* [Fotografía]. Wikimedia Commons. wikimedia.org. Dominio público CC0.